

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

Selección



CLARK CARRADOS

NOCHES NEGRAS

SELECCION

TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

377 — La madrugada de Dolan, *Curtis Garland*.
378 — Jenny, la hija del mar, *Joseph Berna*.
379 — El jardín endemoniado, *Ada Coretti*.
380 — Los juegos de Abigail, *Ralph Barby*.
381 — Aunque la muerte se vista de seda..., *Adam Surray*.

CLARK CARRADOS

NOCHES NEGRAS

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 382
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 18.024 - 1980
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: junio, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

La niebla había surgido casi repentinamente, con tanta intensidad y tan espesa, que apenas si el conductor del automóvil podía ver a diez pasos por delante del morro de su vehículo. A Víctor Shaddox, Vic para los amigos, le parecía estar sumergido en un mundo extraterrestre, en el que, salvo el ruido del motor de su coche, no se percibía otro sonido.

Por si fuese poco, la noche caía con gran rapidez. Shaddox empezó a maldecir de su mala suerte. Sabía que no lejos del lugar en que se hallaba, había una población —al menos, así lo indicaba el mapa de canteras de que estaba provisto—. Esperaba llegar a aquella aldea, para detenerse y pasar la noche, hasta que el tiempo mejorase y pudiera continuar su viaje sin contratiempos.

A derecha e izquierda de la carretera, los árboles se parecían seres fantasmagóricos, cuyas ramas se extendían como brazos que quisieran aprisionar al conductor y a su automóvil. El suelo estaba mojado y la humedad depositada en el parabrisas obligó a Shaddox a utilizar los limpiavidrios delanteros para ver un poco mejor.

Los faros no mejoraron apenas su suerte. Shaddox se resignó a la situación y procuró conducir con todo cuidado. No sabía dónde estaba, ni siquiera podía asegurar que no hubiese algún barranco fuera del camino. Un accidente en tales parajes y en semejantes circunstancias no resultaría nada agradable, sin contar las posibles lesiones. Quedar herido y solo en un lugar completamente desierto era una perspectiva que no le gustaba en absoluto.

De súbito, un obstáculo le cerró el paso.

Era ya casi de noche, para no topar con la sólida puerta de acero que cruzaba la carretera de lado a lado. Asombrado, vio parte de una elevada tapia a ambos lados del portón metálico, aunque no pudo captar más detalles, si bien, lógicamente, pudo darse cuenta de que era muy alta, más de cuatro metros, y que se perdía en la distancia a ambos lados del camino.

Se había extraviado, ya no cabía ninguna duda. Sin embargo, confiaba en hallar a alguna persona amable al otro lado de la puerta blindada. En alguna parte del trayecto, había rebasado inadvertidamente el desvío que conducía al pueblo, y ello debido sin duda a la niebla, que le había ocultado el cartel indicador. Resignado, se apeó del coche y caminó hacia la puerta.

La luz de los faros le hizo ver que estaba compuesta por sólidas planchas de acero. «El dueño tiene miedo a los ladrones», pensó de inmediato. Su altura era de unos tres metros y el dintel se alzaba por encima todavía otro metro y medio más.

A la derecha divisó un botón, que apretó de inmediato. Confió en que hubiera alguien al otro lado del obstáculo. De pronto, sintió un poco de frío. La noche era húmeda y la época del año, principios de primavera, hacía aún necesario el uso de prendas de abrigo. Maquinalmente, se subió el cuello de

piel de su chaquetón y luego volvió a presionar el timbre de llamada.

Súbitamente, la puerta de acero se deslizó a un lado. A través de un interfono invisible sonó una voz:

—Entre, señor; y siga recto el sendero hasta la casa.

—Oiga, yo no quiero entrar —dijo Shaddox—. Sólo deseo que me indiquen el camino hasta Glengharvan...

—Pase, por favor —insistió la misma voz.

Shaddox dudó un momento. La puerta se había abierto solamente el espacio necesario para permitir el paso de una persona. Tras unos segundos de vacilación, cruzó el hueco y se encontró al otro lado.

Entonces, se encendieron dos luces en el suelo, a ambos lados del camino que había en el interior del recinto. Simultáneamente, la puerta volvió a su posición normal, con un seco golpe en el que, no obstante, había graves resonancias. A lo lejos, entre la niebla, Shaddox creyó divisar algunas luces más.

Fastidiado, pero también dispuesto a acabar con aquella situación, inició el avance a lo largo del sendero apenas entrevisto. Cinco pasos más adelante, se encendieron otras dos luces y, al igual que las anteriores, en el suelo y a ambos lados del camino.

Continuó andando. A medida que progresaba, las luces se apagaban a sus espaldas y se encendían delante de él. Pero nunca había más de dos pares de lámparas encendidas.

Poco a poco, los contornos de la casa empezaron a tomar cuerpo. Al cabo de unos segundos, divisó una puerta abierta y una silueta humana bajo el dintel.

—Bien venido, señor —dijo el hombre, muy alto y delgado en apariencia, pero terriblemente fornido—. Era usted el último y algunos empezaban ya a desesperar de su llegada. Soy Jonathan, el mayordomo...

—Jonathan —le interrumpió el extraviado—, permítame que le diga una cosa: no soy la persona que esperaban, sino un simple viajero que se ha perdido y quiere encontrar el camino, eso es todo.

—El señor tiene un gran sentido del humor —contestó el mayordomo, a la vez que hacía una profunda inclinación—. Tenga la bondad de pasar, señor.

—Pero es que...

Una voz, que sonaba en el interior de la casa, dijo en aquel instante:

—¡Jonathan! ¿Con quién estás hablando?

El mayordomo se volvió.

—Con el señor Jordan, señorita. Acaba de llegar.

—Ah, menos mal —exclamó la mujer, a la vez que aparecía ante la vista de los dos hombres—. Hola, Nick —saludó efusivamente—. ¿Cómo te encuentras, buen mozo?

Shaddox tenía la boca abierta, a causa de la estupefacción que le impedía reaccionar. La mujer que se le acercaba contaba unos treinta años y era de formas muy exuberantes, aunque no gorda. Tenía el pelo rubio y sonreía con

malicia. No era guapa, pero sí atractiva.

—Perdón, señora, pero insisto en que se equivocan ambos. No soy Jordan; mi verdadero nombre es Shaddox...

Ella se echó a reír.

—Siempre tan humorista, Nick —dijo—. ¿Cómo haces para cambiar tu aspecto tan fenomenalmente? Estás desconocido, más guapo, más alto, más... —Silbó agudamente y bajó la voz—. Y más sexy —añadió.

—Si el señor lo desea, haré las presentaciones —dijo el mayordomo—. La señorita es Flora Hicks...

—Jonathan, lo mejor será que acompañes al señor Jordan a su habitación —sugirió !a joven—. Luego hablaremos de su verdadera... personalidad.

—Están equivocados los dos —dijo Shaddox malhumorado. Luego añadió —: Pero no me importará pasar la noche aquí. Jonathan, salga luego y apague los faros y el motor de mi coche, que se ha quedado delante de la puerta.

—Bien, señor. Por favor, señor, sígame.

—Y baja pronto a cenar; están a punto de sacar el asado del horno —gritó Flora, mientras el joven ponía el pie en el primer peldaño de la escalera que conducía al piso superior.

* * *

Diez minutos más tarde, llamaron a la puerta de la habitación. Shaddox se apresuró a abrir y vio a una hermosa mujer, de unos treinta y cinco años, con un maletín en las manos.

—Su equipaje, señor —dijo ella.

Shaddox la contempló unos instantes. La mujer tenía una figura muy atractiva, de suaves contornos, y los cabellos eran castaños y cortos.

—¿Quién es usted, señora? —preguntó.

—El ama de llaves, señor. Mi nombre es Laura Crippen.

—Encantado, señora Crippen...

—Laura, señor —corrigió ella.

—Bien, como quiera. Pero deseo que sepa que hay una confusión. No soy el hombre llamado Jordan. Tengo documentos que lo prueban...

Laura sonrió.

—Como guste el señor. ¿Qué nombre quiere que demos al señor?

—¡El mío, naturalmente! —saltó él—. Soy Víctor Shaddox...

—Muy bien, señor Shaddox. La cena se servirá dentro de diez minutos. Todos los demás invitados aguardan ya en el comedor. Con su permiso, señor.

El ama de llaves se retiró. Shaddox contuvo una gruesa interjección.

—¿Habré venido a parar a un manicomio? —masculló entre dientes.

Por el momento, no necesitaba cambiarse de ropa. Dejó el maletín a un lado y se encaminó hacia la puerta.

La casa era grande, lujosa, decorada con gran gusto. Los muebles, sin embargo, y pese a su aspecto anticuado, habían sido fabricados en época

reciente. Solamente algunos cuadros y un par de armaduras en el vestíbulo, además de las viejas piedras de los muros, indicaban la edad del edificio, que calculó en varios siglos.

A través de una puerta entreabierta oyó voces. Giró a su izquierda y se encaminó hacia aquella puerta, que empujó con una mano—. Seis pares de ojos le miraron con curiosidad.

—¡Mirad —exclamó Flora—, ya está aquí el que faltaba! Pasa, pasa. Nick... ¿O prefieres que te llame Vic?

—Es que ese es mi nombre —contestó secamente el aludido.

Un hombre se le acercó y estrechó vigorosamente su mano.

—Me alegro de verte, Nick, aunque sea bajo este aspecto —dijo—. Tu caracterización es magnífica.

Shaddox desistió de convencer a más gente de su verdadera identidad. En lugar de ello, preguntó:

—¿Quién eres tú?

—¡Qué tontería! —el hombre se echó a reír—. Soy Don Awes, por supuesto.

«Lo supondrás tú, no yo», pensó Shaddox.

Otra mujer se le acercó. Tenía más de cuarenta años y parecía fatigada en todos los sentidos.

—Al fin vamos a salir de apuros —dijo—. Después de la cena, nos leerán el testamento del viejo.

—Ah, conque era eso —murmuró Shaddox.

Flora se colgó repentinamente de su brazo.

—Deja a Belle —exclamó—. Ella no comprende tu idiosincrasia. Te gusta cambiar de aspecto... claro que eso lo hace la profesión, ¿verdad?

—Pues... sí... —Shaddox se dijo que debía seguir la corriente a aquella pandilla de chiflados. «Pero en cuanto se haga de día, salgo pitando de aquí y no me ven más en todos los días de su vida», decidió mentalmente.

Había dos hombres más, ambos con edades superiores a la suya. Uno de ellos, incluso, parecía próximo a la ancianidad. Aquellos dos hombres le saludaron con fría cortesía. Shaddox les correspondió del mismo modo.

Finalmente, quedaba otra mujer, una muchacha de poco más de veinte años, alta, de aire distinguido y pelo intensamente negro, partido por la mitad y recogido en un moño. El cabello tenía a veces reflejos azulados y ocultaba en parte sus orejas. A Shaddox le agradó de inmediato; aquella chica era la más hermosa de todas las reunidas en el salón.

Ella se le acercó.

—No había tenido el gusto de conocerte personalmente —dijo—. Soy Nellie St. Vrain —se presentó—. Pero si quieres, te llamaré Vic...

—Vic o Nick, ya todo me da igual —sonrió el joven. Bajó la voz—. Luego me dirás los nombres de los otros dos —solicitó.

—Puedo decírtelo ahora. Son Aníbal Cluthings y Durban Scrooge. Este es el más viejo de todos. Vic.

—Ah...

Laura hizo su aparición en aquel instante, con una gran sopera en las manos.

—Por favor, señoras y señores —dijo—. Después de la cena —anunció—, se procederá a la lectura del testamento.

—¿Dónde está el abogado del viejo? —preguntó Cluthings rápidamente.

—Lo siento, señor —contestó Laura—. El señor Hymmington delegó en Jonathan para tal acto. Jonathan les enseñará una carta autógrafa del señor Hymmington, para convencerles de la autenticidad del acto, si acaso abrigasen alguna duda sobre el particular.

—Bueno —resopló Flora—, que lo lea el vejestorio de Hymmington o que lo lea Jonathan, me da lo mismo. Lo que realmente me importa es la «pasta» que voy a cobrar.

Laura sonrió imperceptiblemente.

—Espero que no quede defraudada en sus esperanzas, señora —contestó.

«Y a mí, ¿qué me tocará de la herencia, si no conozco siquiera al que otorgó el testamento?», pensó Shaddox.

CAPITULO II

La cena había terminado ya. Laura sugirió que fuesen a la biblioteca, en donde serviría el café y los licores. Jonathan llegaría muy pronto con el testamento.

Había una gran chimenea encendida, que prestaba un detalle confortable y cálido al ambiente. Scrooge se acercó al fuego y tendió las manos como si tuviese mucho frío. Flora y Belle charlaban animadamente, sentadas en un diván. Cluthings y Awes conversaban en voz baja.

Nellie estaba sentada en un butacón, sumamente pensativa. Shaddox, por su parte, se sentía como gallina en corral ajeno. ¿Quién era aquel Jordan al que sustituía involuntariamente? ¿Por qué era un maestro en los disfraces?

Jonathan entró de pronto, con un gran sobre en las manos. Carraspeó para llamar la atención de los congregados y luego dijo:

—Señoras, señores... el abogado Hymmington me encargó la lectura del testamento del difunto sir Roderick Farnstoke. Con su permiso, iniciaré el acto.

Cluthings alargó una mano.

—Jonathan, enséñeme la carta del abogado —dijo—. Conozco muy bien su letra y quiero cerciorarme de que esto se hace con toda legalidad.

—Vamos, vamos, Aníbal —dijo Flora riendo—. ¿Qué importa quién lea el testamento?

—Jonathan... —insistió el hombre, sin hacer caso de las palabras de la opulenta rubia.

—Sí, señor, con mucho gusto.

El mayordomo entregó un sobre a Cluthings, quien leyó rápidamente el contenido de la cuartilla que había en su interior. Al terminar, hizo un gesto de aquiescencia.

—Perfecto —dijo—. Puede empezar cuando guste, Jonathan.

—Gracias, señor.

Jonathan sacó un pequeño fajo de papeles del interior del sobre grande y separó un pliego de tamaño folio.

—Hay una descripción completa de los bienes inmuebles y de los valores bancarios y bursátiles que componen la fortuna del difunto sir Roderick —dijo solemnemente—. Al terminar la lectura del testamento, dejaré la relación para que puedan leerla con toda tranquilidad.

—Muy bien. ¿Qué más? —dijo Belle, no menos impaciente que los demás herederos.

—Un momento, por favor, señora... Si no les importa, pasaré por alto los prolegómenos rutinarios y empezaré por lo más importante: la distribución de la fortuna del difunto sir Roderick.

Scrooge lanzó un bufido.

—Empiece ya, por todos los diablos —gruñó.

—Muy bien, señor. He aquí lo que el difunto sir Roderick escribió de su puño y letra, naturalmente, en presencia de su abogado: «Dejo cien mil libras esterlinas, a cada uno de mis herederos, cuyos nombres se citan en relación apañe, bajo la condición ineludible de que cada uno de ellos pase una noche en la Cámara Negra. Si alguno de mis herederos no quisiera cumplir esa condición, será desheredado automáticamente y su parte engrosará equitativamente la de los demás beneficiarios de mi fortuna. Ellos mismos establecerán el orden en que deben pasar la noche en el lugar mencionado, pero en todo caso ha de ser desprovisto de todo lo que pueda proporcionarles luz, incluyendo los fósforos, encendedores, linternas portátiles o cualquier otro medio de iluminación y, también, sin relojes, con o sin esfera luminosa. Sólo podrán llevarse ropas de abrigo, para evitar las consecuencias del frío. No utilizarán tampoco una radio portátil, por medio de la cual podrán conocer la hora. Los demás herederos, serán testigos de que el que entra en la Cámara Negra permanece en ella toda la noche, durante un período mínimo de doce horas, estableciendo, si así lo 'desearen, turnos de vigilancia, para evitar se incumplan estas condiciones, en el bien entendido de que, si alguno quisiera salir antes, perdería todo derecho a su parte de la herencia.»

Jonathan terminó la lectura y miró sucesivamente a los circunstantes.

—Hay algunas frases más, pero sin importancia —añadió—. Si lo desean, puedo dejarles el testamento, para que lo lean...

Flora alzó la mano repentinamente.

—Un momento —exclamó—. ¿Qué hay de esta casa con todo lo que contiene? —preguntó—. Vale una porrada de dinero...

—El difunto sir Roderick la dejó a una institución benéfica, que se hará cargo de ella el próximo mes, señora —respondió Jonathan.

—Debía habérnosla dado a nosotros —refunfuñó Scrooge—. Así, la venderíamos y repartiríamos su importe.

—Lo siento, señor; las cláusulas del testamento son inamovibles y, además, como se declara al final, ha sido debidamente legalizado.

—Entonces —dijo Belle, con las manos en las rodillas—, hemos de pasar una noche en la Cámara Negra.

—O su equivalente, pero, en todo caso, son doce horas, señora.

Belle se puso repentinamente en pie.

—Bien, ¿a qué esperamos? —dijo. Miró su reloj—. Son las nueve y doce minutos. Yo entraré la primera... —Extendió los brazos—. Flora, querida, regístrame para comprobar que no llevo encima nada susceptible de dar luz.

Flora soltó una risita.

—Olvidas el reloj —dijo.

Se lo quitó y Flora lo cogió y lo dejó a un lado. Acto seguido, Belle se volvió hacia el mayordomo.

—Jonathan, deseo empezar inmediatamente —manifestó.

—Bien, señora. —Jonathan movió una mano—. Por aquí, señora.

Shaddox empezaba a sentirse curioso, olvidado en parte de que era un

extraño en aquella intrigante reunión. Movido por una irrefrenable curiosidad, siguió a los demás.

Pero no todos caminaron detrás de Belle y el mayordomo. Scrooge y Cluthings quedaron en la sala. Nellie vaciló un instante, aunque, finalmente, acabó por unirse a la comitiva.

Jonathan atravesó el amplio vestíbulo y llegó ante una puerta de recios paneles de madera, ante la que se detuvo unos instantes.

—Sólo hay una cerradura exterior —informó—. Abriremos cuando hayan transcurrido doce horas... a menos que la señora pida que lo hagamos antes.

Belle soltó una risita.

—Por cien mil libras, permanecería ahí el doble de tiempo —exclamó. A Shaddox le pareció que su jovialidad era forzada, insincera. Pero no quiso hacer el menor comentario al respecto.

Jonathan abrió la puerta. Shaddox pudo apreciar un cuarto de paredes absolutamente negras. Incluso el suelo era también negro. Pero el tétrico color no se debía a la pintura, sino a una especie de forro de tela muy gruesa, que cubría por completo el techo, las paredes y el pavimento, sin el menor detalle de color.

Belle dio un paso hacia adelante, pero, al apreciar la absoluta negrura del cuarto, se detuvo, muy impresionada, según pudo apreciar Shaddox. Duró unos instantes, visiblemente aprensiva y luego, al fin, se volvió hacia el mayordomo.

—Jonathan, ¿qué hora es? —preguntó.

—Las nueve y catorce minutos, señora.

—Muy bien. Abra la puerta a las nueve y catorce minutos de la mañana.

—Sí, señora.

Belle cruzó el umbral. Jonathan empujó la puerta e hizo girar la llave en la cerradura.

—La dejo puesta, para el caso de que la señora Sharpless desee salir antes de la hora decidida —manifestó. Y se alejó con solemne paso en dirección a las habitaciones del servicio.

* * *

La risa nerviosa de Flora rompió el momentáneo silencio que se había producido después de la desaparición de Belle.

—No es muy agradable estar ahí, pero doce horas se pasan pronto —exclamó.

—No hay muebles de ninguna clase —manifestó Awes.

—Bueno, cuando se canse, se sentará en el suelo... y si tiene sueño, podrá dar una cabezada. ¿Tienes un cigarrillo, Don?

—Claro, encanto.

Shaddox frunció el ceño.

—¿Por qué le llaman la Cámara Negra? —preguntó.

—Hace unos doscientos cincuenta años, la esposa de un Farnstoke se encerró ahí y se dejó morir de hambre —contestó Nellie.

Shaddox se volvió sorprendido hacia la muchacha.

—¿Por qué? —preguntó.

—Un desengaño amoroso. Hizo tapizar el cuarto de negro, como una especie de luto anticipado, sacó todos los muebles, se cerró por dentro...

—¿Y no hubo nadie que la disuadiera de tan morbosa actitud?

—Su esposo, porque estaba casada, la dejó un par de días, a fin de que se persuadiera por sí misma de que cometía una tontería. Al fin, decidió forzar la puerta.

—¿Y...?

—Ella ya no estaba ahí. Nunca se volvió a saber nada.

Shaddox respingó.

—Increíble —comentó.

—En la biblioteca hay documentos, firmados por varias personas que fueron testigos del acontecimiento.

—Esos testigos no pudieron permanecer continuamente ante la puerta de la cámara. En algún momento, la esposa de sir Roderick pudo salir y abandonar la casa —objetó Shaddox.

—Pudiera ser, pero todos los indicios apuntan a una auténtica, y extraña, desaparición de la mujer. Nunca se volvió a saber de ella.

—Bah, leyendas —dijo Awes despectivamente—. Puede que resulte un poco incómodo, pero eso es todo. El próximo seré yo. Buenas noches.

Awes se marchó. Nellie dijo:

—Yo me lo pensaré. Aún no estoy segura de entrar ahí.

—¿Por qué, querida? —Preguntó Flora—. Una noche ahí... y al amanecer, cien mil esterlinas en el bolsillo.

—Cierto, pero hay cosas que no me gustan. No me gusta que se burlen de mí ni siquiera los difuntos —respondió Nellie con acento de irritación—. Buenas noches a los dos —se despidió bruscamente.

—Una chica más bien orgullosa, ¿no? —comentó Flora con una risita.

—Hay gente así y no se le debe reprochar —dijo Shaddox pensativamente —. Por cierto, ¿qué le habrá pasado a Jordan?

Flora se encogió de hombros.

—¡Y qué importa eso! Si no viene, serán cien mil libras más a repartir entre los herederos. —Ella le miró críticamente de pies a cabeza—. Oye, Vic, ¿a qué te dedicas?

—Trabajo —contestó el joven evasivamente.

—En estos tiempos, oír una palabra así suena casi a milagro. ¿Me aceptas una copa?

—No, gracias. Estoy un poco cansado y desearía dormir. Buenas noches. Flora.

—Buenas noches. Vic.

Shaddox subió a su habitación y empezó a desvestirse. Al día siguiente,

pensó, en cuanto amaneciese, abandonaría aquel tétrico lugar. El caserón no le agradaba en absoluto y, menos aún, algunos de sus huéspedes. Por otra parte, no podía negarse que el dormitorio era muy acogedor y que la cama ofrecía un aspecto sumamente confortable. Dejando de lado otras consideraciones, estaba seguro de que en la aldea no habría encontrado mejor hospedaje.

Al terminar el cambio de indumentaria, se puso una bata, encendió un cigarrillo y se acercó a la ventana. La niebla continuaba densísima, como sopa de guisantes, limitando la visión a pocos metros de la casa. El ambiente en el exterior era terriblemente húmedo.

De pronto, llamaron a la puerta.

Sorprendido, Shaddox, dio media vuelta, cruzó el dormitorio y abrió. Nellie St. Vrain apareció ante sus ojos.

—¿Puedo serle útil en algo, señorita?

—Sí, se lo agradeceré. Señor Shaddox, pienso abandonar Farnstoke Tower, mañana, apenas haya desayunado.

El joven levantó las cejas.

—¿Le sucede algo de particular?

—Verá... Bueno, aunque no nos conozcamos, tampoco es cosa que merezca la pena ocultarse. No pienso pasar doce horas en la Cámara Negra. No lo achaque a miedo, pero la verdad es que me fastidia mucho esa especie de humillación. Es como si sir Roderick quisiera burlarse de nosotros desde el más allá.

—Entiendo —sonrió Shaddox—. ¿Y bien?

—Sencillamente, renuncio a mi parte de herencia, si he de adquirirla mediante esa ridícula cláusula. No negaré que las cien mil libras me vendrían muy bien, pero, por fortuna, tampoco me muero, de hambre. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Sí, aunque no los motivos de su... confesión. ¿Por qué tiene que anunciarme sus propósitos de marcha?

—Es que desearía me llevase en su automóvil hasta Glengharvan, donde dejé el mío, para que le reparasen una avería en la bomba de la gasolina. Vine aquí con Aníbal Cluthings, ya que coincidimos casualmente... pero no puedo pedirle el coche para mi viaje de vuelta.

—Ahora ya la entiendo —sonrió Shaddox—. Por supuesto, puede contar conmigo, señorita St. Vrain.

Ella sonrió.

—Llámeme Nellie, por favor.

—Claro —accedió él—. Me alegra su actitud. Puede que yo también hubiera hecho lo mismo, de ser un heredero de sir Roderick, por supuesto.

—Es curioso —murmuró Nellie—. A usted le tomaron en un principio por el que falta... Me pregunto dónde ha podido meterse Jordan.

—Con la noche que hace, tal vez se ha extraviado, como me sucedió a mí, aunque ha podido ir a parar a otro sitio, en lugar de llegar a esta casa. Mañana aparecerá, cuando sea de día.

—Sí, seguro. Está bien, muchas gracias, Vic.

—No se merecen, Nellie. Ha sido un placer.

La muchacha dio media vuelta. En el mismo momento, se oyó un estridente grito en la planta baja:

—¡Jonathan! ¡Jonathan! ¡Venga, pronto; la señora Sharpless quiere salir de la Cámara Negra!

CAPITULO III

Shaddox y la muchacha cambiaron maquinalmente una mirada de sorpresa. Luego, ella echó a correr hacia la escalera. Shaddox, tras una ligera vacilación, la siguió, acuciado por la curiosidad de ver a una mujer que no había sabido resistir siquiera una hora en la absoluta oscuridad de la Cámara Negra.

Cuando llegaron al vestíbulo, Flora seguía chillando a pleno pulmón. Un hombre cruzó a la carrera:

—Yo avisaré al mayordomo —anunció Scrooge.

Shaddox y Nellie se acercaron a la puerta de la habitación. Al otro lado se oían golpes frenéticos, aunque muy amortiguados por el espesor de la madera, y también angustiosas súplicas:

—¡Abran, por favor! ¡Esto es horrible! ¡No le puedo soportar más! Llamen a Jonathan...

Flora pegó la boca a la cerradura.

—¡Animo, Belle! ¡Aguanta unos minutos! Jonathan vendrá en seguida. Todos estamos aquí, no te preocupes... Aguanta, por favor...

—Dense prisa —suplicó la mujer—. Esto es horrible, insoportable... No puedo, no puedo...

De Awes y de Cluthings no había el menor rastro. Shaddox supuso que estarían profundamente dormidos. En todo caso, no era importante.

Scrooge apareció de pronto, completamente desconcertado:

—¡Jonathan no está en su habitación! —anunció.

Nellie se revolvió.

—Tiene que estar por alguna parte... ¿Y el ama de llaves?

Shaddox echó a andar con paso resuelto.

—Yo la buscaré —dijo.

Nellie le siguió decididamente.

—Conozco la casa. He estado aquí, antes algunas veces —manifestó.

La cocina aparecía desierta. Nellie salió por otra puerta y llegó a un pasillo, en el que se divisaban varias puertas más.

—Ahí solía dormir el otro mayordomo —dijo.

Shaddox abrió. La estancia se hallaba vacía. La cama ni siquiera había sido deshecha.

La puerta siguiente mostró otro dormitorio, igualmente vacío. Al abrir la tercera puerta, Shaddox contempló un espectáculo singular.

Jonathan y la señora Crippen yacían en el lecho, completamente desnudos, acariciándose lujuriosamente, ajenos por completo a todo cuanto sucedía a su alrededor. Nellie vio la escena por encima de su hombro y lanzó un pequeño gritito, retirándose inmediatamente, con la cara llena de rubor.

Shaddox lanzó un potente grito:

—¡Jonathan!

El mayordomo, sorprendido, se volvió.

—¿Qué diablos hace aquí? —barbotó colérico—. ¿Quién le ha dado permiso para entrar en una habitación que no es la suya?

—Jonathan, aparte de que ése no es el tono propio de un mayordomo, le diré que la señora Sharpless desea abandonar la Cámara Negra. Por tanto, tenga la bondad de entregamos la llave a nosotros; ya abriremos, para evitarle el disgusto de tener que abandonar los amorosos brazos de la señora Crippen.

Laura se había tapado con la sábana, que aferraba con ambas manos, cubriéndose hasta el cuello, y le miraba con ojos desorbitados. Jonathan farfulló algo entre dientes y, al fin, acabó por ponerse en pie. Se acercó a una silla, donde estaban sus ropas, buscó la llave y se la entregó al joven.

—Aquí tiene, señor. Dispense que haya sido tan brusco...

Shaddox no quiso molestarse en contestar siquiera. Giró sobre sus talones y corrió hacia el vestíbulo, en el que ya se encontraba Nellie, todavía sofocada por lo que acababa de contemplar.

Cluthings estaba también allí. De Awes no se veía el menor rastro.

—A ver, apártense —dijo el joven.

—Aprisa, aprisa —le urgió Flora—. Belle ha dejado ya de gritar...

Shaddox insertó la llave en la cerradura, abrió y tiró de la puerta hacia sí. Flora se precipitó en el interior.

—¡Flora, estamos aquí! —gritó.

Pero Belle no contestó. Flora, desconcertada, se detuvo en el centro de la cámara.

—¡No está! —añadió un segundo después.

—¿Cómo? —gritó Scrooge.

—Eso es imposible —dijo Cluthings—. La vimos entrar ahí...

Shaddox, intrigado, cruzó el umbral. La luz que provenía del vestíbulo era suficiente para apreciar sin dificultades el interior de aquel siniestro habitáculo.

Parecía increíble, pero lo cierto era que Belle Sharpless había desaparecido.

—Como si jamás hubiera existido —murmuró.

* * *

Flora iba por las paredes, golpeándolas con las palmas de las manos.

—Nada —dijo después de un buen rato—. No se percibe mido a hueco.

—¿Piensas en algún pasadizo secreto? —preguntó Cluthings.

—¡Naturalmente! De otro modo, no se comprendería la desaparición de Belle —respondió Flora vivamente.

—Tal vez no es pasadizo, sino pozo —apuntó Shaddox.

Nellie se estremeció.

—En tal caso, si es muy profundo...

Y no se atrevió a completar la frase.

—Pero ¿por qué gritaba tanto? —Intervino Scrooge—. Debiera haber

tenido suficiente con un par de llamadas...

—Estar ahí adentro, en la más completa oscuridad, y sin oír ningún ruido, debe de resultar algo verdaderamente espantoso —supuso Shaddox—. De todos modos, convendría investigar el suelo.

—Sí, es cierto.

Flora empezó a dar taconazos en el pavimento recubierto de tela negra. Los golpes sonaban opacos, con una tonalidad específica.

—Tal vez, si Jonathan hubiera contestado antes... —dijo Nellie.

—¿Puedo serles útil en algo? —se oyó de pronto al mayordomo.

Nellie se volvió vivamente hacia aquel sujeto.

—Decía que si usted hubiese contestado antes a las llamadas del señor Scrooge, Belle Sharpless no habría desaparecido —contestó acusadoramente.

—Lo siento, señorita. No oí nada...

—Estaba demasiado ocupado, refocilándose lascivamente con el ama de llaves.

Jonathan se puso rígido.

—Señorita, no negaré lo que es patente, pero debe saber que la señora Crippen y yo nos amamos, y que pensamos casarnos, apenas hayan terminado la estancia de todos ustedes en la casa —contestó envaradamente.

—No se lo tome así, Nellie —intervino Shaddox, persuasivo—. A fin de cuentas, esas cosas pasan todos los días y en todos los lugares.

—Gracias, señor, por su comprensión —dijo Jonathan.

—Pero lo cierto es que la señora Sharpless ha desaparecido —terció Scrooge—. Jonathan, ¿sabe usted si en la Cámara Negra hay un pasadizo? O un pozo, pero secretos ambos, claro...

—No, señor, nunca he oído hablar de nada semejante —contestó el mayordomo, muy serio.

Flora salió del cuarto y enseñó las palmas de las manos.

—Nada —dijo dramáticamente—. Ni pasadizo, ni pozo...

Cluthings adelantó un paso.

—Voy a decirles algo —exclamó—. Lo mejor será que dejemos la puerta abierta. Quizá, efectivamente, ese pasadizo existe y Belle entró en él por casualidad. Nosotros no sabemos encontrarlo, pero ella está al otro lado, eso es indudable. Opino que, tarde o temprano, encontrará la forma de abrir la puerta y saldrá de esa habitación.

—Es un razonamiento aceptable, en efecto —convino Scrooge.

—Si lo desean los señores, puedo preparar café —sugirió Jonathan.

—Sí, hágalo —respondió Flora—. Por lo que a mí respecta, pienso pasarme la noche aquí. Si me oyen gritar de cuando en cuando, no se alarmen; simplemente, trataré de dar ánimos a Belle, esté donde esté.

Shaddox maldijo entre dientes. La decisión de Flora le forzaba a él a tomar una análoga.

—Te haré compañía —se ofreció—. Pero antes iré a vestirme.

—Gracias, Vic.

—Yo me acostaré un rato. Bajaré antes de que sea de día —manifestó Nellie.

Cluthings y Scrooge se marcharon al poco rato. Jonathan vino con el café en una mesita de ruedas, que dejó en las inmediaciones de la puerta del cuarto negro. Luego fue al salón, avivó el fuego de la chimenea y abrió las dos hojas de la puerta. Finalmente, y tras preguntarles si deseaban algo más, se retiró nuevamente.

—Vic, me parece que te has metido en un mal asunto —sonrió Flora al cabo de un buen rato.

El joven guardó silencio unos momentos, mientras ingería el café de su taza. Luego dijo:

—Hay algo extraño en este asunto, y no me refiero solamente a la desaparición de Belle. Yo llegué aquí, extraviado, pero tengo la seguridad de que, en alguna parte, debe de haber un poste indicador. Y, a pesar de la niebla, yo debería haberlo visto. Viajaba muy despacio y me extrañaba haberlo pasado por alto.

—Eso fue lo que motivó tu confusión ¿no?

—Así lo creo, Flora. Pero, ¿qué le ha podido pasar a esa pobre mujer? .

Ella hizo un encogimiento de hombros.

—No tengo ni la menor idea —contestó—. Era la más animosa... y, de repente, se sintió invadida por un terror infinito... Lanzaba unos gritos realmente espeluznantes...

Shaddox miró hacia la cámara.

—Eso parece la caja mágica de un prestidigitador —dijo.

—¿Cómo?

—Sí, mujer. Tú habrás visto más de una vez alguna función de magia. El artista enseña una caja, de las que se pueden desmontar y plegar, y después de hacer ver a todo el mundo que está vacía, mete en ella algún objeto, o una paloma... en fin, cualquier cosa. Luego hace unos pases supuestamente mágicos, abre la caja y el objeto o la paloma han desaparecido por completo.

—Es cierto —contestó Flora—. Sí, el cuarto parece una caja mágica, pero hay una diferencia sustancial: lo que ha desaparecido ahí es una persona.

Shaddox asintió. Buscó dos sillones y los arrastró hasta situarlos frente a la puerta. Encendió dos cigarrillos, dio uno a Flora y luego se sentó y cruzó las piernas.

—En fin, dispongámonos a pasar aquí la noche —exclamó—. Y yo que empezaba ya a disfrutar por anticipado de mi sueño...

—No te quejes. Seguramente, Belle lo está pasando mucho peor.

—Eso sí es verdad. Oye, Flora, ¿era muy excéntrico sir Roderick?

—Un poco, aunque no más que la mayoría de los mortales. Francamente, nunca me esperé un testamento tan absurdo.

—Pero sí esperabas que te dejase algo.

—Hombre, claro; soy su sobrina.

—¿Sobrina?

—Hija de una hermana. Como Scrooge, Cluthings y Awes. Sir Roderick tuvo cuatro hermanas y las cuatro se casaron.

—Entiendo. ¿Qué me dices de Belle?

Flora soltó una risita.

—Fue su amante durante muchos años.

—Y la recordó en el testamento.

—Sí, otorgándole la misma consideración que a los demás parientes.

—Incluyendo a Nellie St. Vrain.

—Esa es su nieta —dijo Flora sorprendentemente.

—Hija de algún hijo...

—De su única hija.

—Entonces, a ella debería corresponderle la herencia completa.

—La hija de sir Roderick tenía también su genio y no podía soportar a un hombre demasiado absorbente, tan tirano como un árabe. A sir Roderick no le gustó el pretendiente de su hija, pero ella se casó con el hombre al que amaba, aunque no fuese del agrado de su padre. Sir Roderick, rencoroso, no pudo olvidar jamás aquella humillación; por eso la desheredó y. por la misma razón, a la nieta sólo le dio la misma parte que a cualquiera de los otros parientes.

—Debía de ser un hombre con un carácter inaguantable —comentó Shaddox.

—Oh, no puedes imaginártelo siquiera.

Shaddox miró fijamente a la mujer. Flora, un tanto turbada, sonrió:

—Después de Belle, yo fui la amante del viejo, durante un par de años. Me pagó bien, tengo que admitirlo.

—¿Hace mucho tiempo?

—Diez años y tengo ya treinta y uno, conque calcula tú mismo. Luego me casé, me divorcié, monté una boutique, que me va muy bien... y ahora estoy aquí, para capturar cien mil libras y ampliar el negocio.

—Es un buen propósito —sonrió Shaddox.

—Y tú, ¿qué haces? ¿A qué te dedicas?

—Oh, trabajo —contestó el joven evasivamente.

—Está bien, si no lo quieres decir, no lo digas. A fin de cuentas, tienes derecho a la discreción. —Le miró críticamente—. Y no pareces ser un gángster.

—No lo soy, Flora —rió Shaddox.

Pero luego miró hacia el cuarto y se estremeció.

—¿Dónde diablos está Belle? —masculló.

Flora guardó silencio. Era una pregunta que, por el momento, no tenía respuesta.

CAPITULO IV

A través de los ventanales, se filtró un tenue rayo de luz. Shaddox abrió los ojos, bostezó, estiró los brazos y se puso en pie.

El silencio era absoluto, salvo un extraño ruido, apenas perceptible, que no pudo identificar en los primeros momentos. Con las manos en los riñones, doloridos por la postura, se acercó a la puerta de la Cámara Negra y miró hacia adentro.

Advirtió un curioso fenómeno. Dada la absoluta negrura de las paredes, ya que el tejido que las cubría carecía por completo de brillo y absorbía de un modo total la luz, parecía como si el cuarto tuviese unas dimensiones gigantescas, poco menos que infinitas. Aun con el resplandor que entraba a través de la puerta, era como si la pared del lado opuesto se encontrase a millares de kilómetros de distancia..

A Shaddox le pareció que se asomaba a una ventana que daba al espacio sideral, pero carente en absoluto de astros, un pozo de total negrura, que no tenía fin. Aquella cámara, aun sin pensar en la enigmática desaparición de Belle Sharpless, era un lugar realmente horrible.

Retrocedió y se acercó a una de las ventanas. La niebla había levantado un tanto y podía entreverse la tapia que cerraba el recinto, pero ahora llovía y ese era el ruido que antes había percibido, sin poder identificarlo. Sin embargo, era una lluvia mansa, fina, pero que no daba la sensación de acabarse nunca. No se movía un soplo de aire y los aleros de la casa goteaban continuamente.

Flora despertó en aquel instante.

—¡Vic!

—Hola —contestó el joven, a la vez que se movía—. Nada nuevo todavía.

Ella se puso en pie y realizó un par de flexiones de rodillas.

—Anoche, cuando intentaba dormirme, estuve pensando en una cosa —dijo.

—¿De qué se trata?

—Verás... Se me ha ocurrido pensar que podríamos revisar el equipaje de Belle. Quizá encontremos algo... Ella fue la amante de sir Roderick durante bastantes años, más de quince... Puede que esté enterada de muchas cosas.

—Es una posibilidad digna de tomarse en cuenta —admitió Shaddox.

Nellie apareció en aquel momento.

—Buenos días —saludó cortésmente.

—Hola, encanto —sonrió Flora—. ¿Qué tal has pasado la noche?

—Mo puedo quejarme, aunque nadie podrá preguntarme qué tal he pasado el día, porque me iré muy pronto. Es decir, si Vic quiere llevarme al pueblo, tal como me prometió.

—Con mucho gusto —respondió el aludido—. Pero, si no te importa, saldremos un rato después.

—¿Por qué? —se extrañó la chica.

—Verás, a Flora se le ha ocurrido la idea de echar un vistazo al equipaje de Belle Sharpless.

—Tal vez averigüemos algo —añadió Flora—. Belle vivió aquí muchos años.

—Sí, lo sé —contestó Nellie—. Mi abuelo era un tipo muy particular. No quería que su hija se casara con el hombre a quien amaba, pero él sí podía mantener una amante en su propia casa. Y no fue la única —añadió intencionadamente, mirando a la rubia.

Flora permaneció impasible.

—No me mires así —contestó—. Puede que tu madre tuviera dificultades con su padre, es decir, tu abuelo, pero tú lo ignoras todo acerca de la vida. No sabes lo que es la pobreza... ni tampoco las cosas que es preciso hacer para no morirse de hambre. Y no irás a culparme a mí de la actitud de sir Roderick hacia su hija, supongo.

Shaddox extendió los brazos.

—Será mejor que dejen el tema para otro momento —aconsejó—. Ninguna de las dos es culpable de lo que pudo hacer sir Roderick, y mucho menos de sus extravagancias. Sugiero que examinemos el equipaje de Belle; luego, Nellie y yo abandonaremos Farnstoke Tower y, si es preciso, avisaremos a la policía. ¿Te parece bien, Nellie?

—No hay inconveniente —accedió la muchacha.

Cuando se dirigían al piso superior, se encontraron con Awes.

—¿Adónde van? —preguntó el hombre.

—Queremos examinar el equipaje de Belle —repuso Flora—. Es posible que así consigamos saber algo que nos dé una pista sobre su paradero.

Awes sonrió burlonamente.

—Belle vivió aquí muchos años —dijo—. Conoce la casa perfectamente.

—Y eso, ¿qué significa? —inquirió Shaddox.

—Bueno, el viejo siempre tenía aquí grandes sumas de dinero. Además, estaban las joyas de familia, que valían montones de «pasta». Me juego el cuello a que Belle conocía el pasadizo secreto y fue a buscar el botín, para no repartirlo con nadie.

—Luego se largó...

—Y está ya muy lejos de la casa.

—Lo sabremos en seguida —dijo Flora—. De todos modos, no hemos oído el ruido de un automóvil en toda la noche.

—La distancia al pueblo es de cinco o seis millas. Ha podido marchar a pie perfectamente y alquilar allí un taxi —contestó Awes.

—¡Hum! —dudó la rubia.

Llegaron al primer piso. Flora señaló en el acto la puerta correspondiente al dormitorio de Belle Sharpless. Shaddox se adelantó, decidido; y la abrió. Casi en el acto, lanzó una exclamación de sorpresa:

—¡Está aquí, completamente dormida!

—Vaya, pues no se ha marchado, como supuse —dijo Awes con una risita.

Flora avanzó unos pasos.

—¡Eh, Belle, despierta; son casi las ocho de la mañana! —exclamó en voz alta.

La mujer permaneció inmóvil. Shaddox frunció el ceño.

Belle yacía en el lecho, con la cabeza sobre la almohada, cubierta por las ropas de cama hasta la barbilla. Sus ojos estaban cerrados.

De se dio cuenta de que no se advertía movimientos en la respiración. El rostro de Belle, por otra parte, mostraba una palidez de cera.

Acercándose a la cama, la contempló durante unos segundos, mientras los demás aguardaban expectantemente. De súbito, Shaddox alargó una mano y separó en parte el embozo de las sábanas.

Flora chilló. Nellie sintió una especie de mareo.

Shaddox retrocedió, mientras Awes lanzaba un juramento. En el cuello de Belle podían advertirse con toda claridad las lívidas señales de la soga, que había causado su muerte por estrangulamiento.

* * *

Shaddox procuró reaccionar lo más pronto posible. Volviéndose hacia los demás; dijo:

—Será mejor dejar el cuarto como está. Hay que avisar a la policía; no cabe duda de que Belle ha sido asesinada.

—¿Y si se suicidó? —apuntó Awes.

—Sí, y luego se volvió sólita a la cama —dijo Flora sarcásticamente. Reparó en la cara de Nellie y le pasó una mano por los hombros—. ¿Te sientes mal, muchacha? Vámonos de aquí cuanto antes.

Shaddox cerró la puerta.

—Señor Awes, avise al mayordomo y al ama de llaves, por favor. Yo buscaré el teléfono.

—No te molestes. Vic —le interrumpió Nellie—. No hay teléfono en la casa.

—Muy bien, iré al pueblo en mi coche.

Flora y Nellie descendieron al comedor. Jonathan apareció casi en el acto.

—Me han dicho que la señora Sharpless está muerta —exclamó—. Es algo horrible...

—Sí, Jonathan, pero ahora haga el favor de traer café en abundancia —pidió Flora—. El señor Shaddox se ocupará de avisar a la policía.

—Por cierto —dijo el aludido desde la puerta—, ¿cómo es que no hay teléfono en la casa, Jonathan?

—Lo siento, señor. Sir Roderick dispuso que lo quitasen después de su muerte y así se hizo —respondió el mayordomo.

—Vaya un capricho —refunfuñó Shaddox—. Nellie, ahora comprendo la actitud de tu madre.

La muchacha asintió. Shaddox se volvió hacia el mayordomo.

—Jonathan, voy al pueblo —dijo—. Tenga la bondad de abrirme la puerta.

—Bien, señor.

Shaddox salió de la casa y se encaminó corriendo hacia los garajes,. La niebla apenas si existía ya, pero, en cambio, la lluvia seguía cayendo incesantemente.

Encontró su coche, se sentó tras el volante y dio el contacto. El motor arrancó satisfactoriamente. Después de calentarlo unos momentos, pisó suavemente el acelerador, saliendo en marcha atrás, para maniobrar a continuación y enfilar el sendero que conducía hacia la puerta y que ofrecía una leve cuestecilla descendiente en dirección a la salida.

El limpiavidrios funcionaba satisfactoriamente. El enorme portón de acero le pareció digno de defender una fortaleza y no el acceso a una residencia campestre. Pero entonces vio algo más que le había pasado desapercibido y que le hizo rectificar su primera impresión.

—Pues sí, es una fortaleza...

La altura total de la tapia era superior a cuatro metros y la barda estaba cubierta por afilados trozos de vidrio. Había, además, y a intervalos regulares, una serie de postes de hierro, inclinados hacia el interior, que sostenían una inextricable red de alambre espinoso, de un metro de anchura por lo menos. Al observarlo, Shaddox se mordió pensativamente el labio inferior.

—Cualquiera diría que alguien trata de mantenemos presos en la residencia —murmuró.

Porque aquella tapia, más que para defender a la casa de intrusos indeseables, parecía como si hubiese sido construida para retener prisioneros a los habitantes de Farnstoke Tower.

Pero al menos había una puerta que, mejor o peor, era una solución de continuidad en la muralla. Sin embargo, Shaddox se dio cuenta de que el tiempo pasaba y la puerta continuaba inmóvil.

Impaciente, tocó la bocina varias veces. De pronto, oyó un grito.

Bajó el cristal de la ventanilla y asomó la cabeza. Jonathan, provisto de un gran paraguas, corría desolado hacia aquel lugar.

—Señor —jadeó—, el mando de la puerta no funciona.

Shaddox se quedó atónito.

—¿Quiere eso decir que no puedo salir de la casa? —exclamó.

—Por ahora, no, señor. Revisaré el control para encontrar la avería...

—Jonathan, si no me equivoco, esta clase de puertas disponen de mando manual, para poder abrirla cuando falla el sistema eléctrico —dijo el joven malhumoradamente.

—En este caso, no, señor. El difunto sir Roderick rechazó la idea. Quería que nadie sino él pudiera abrir la puerta, cuando alguien venía o se marchaba de la casa. No se le pudo convencer de lo contrario: era terriblemente obstinado...

—Sí, lo sé —suspiró Shaddox—. Jonathan, volveré a la casa y usted me conducirá al lugar donde se encuentra el mando de apertura.

—Bien, señor.

Shaddox dio marcha atrás, viró en redondo y llevó su coche al garaje. Luego regresó a la casa.

Nellie le salió al encuentro, seguida de Flora.

—¿Qué sucede, Vic? —preguntó la muchacha.

—Nellie, tu difunto abuelo era todo un tipo —masculló Shaddox—. La cerradura eléctrica se ha estropeado y no se puede abrir la puerta. Voy a ver si consigo reparar el mando de apertura.

—Por aquí, señor —indicó Jonathan.

El joven siguió a Jonathan, quien se apañó a un lado, tras abrir la puerta que daba a un gran despacho. El mayordomo señaló la enorme mesa de trabajo.

—Allí tenía el difunto señor el control de apertura. Cuando alguien llamaba, él podía contestar directamente si lo deseaba; aunque hay otro interfono en el vestíbulo. Pero nadie más que el difunto señor podía abrir o cerrar la puerta.

—Está bien, vamos a ver.

Shaddox avanzó hacia la mesa, seguido por las dos mujeres. En el lado derecho había una cajita negra, adherida a la lisa superficie de caoba, y junto a la misma un interfono. El joven se inclinó para mirar por debajo.

Los cables, limpiamente cortados, asomaban por la superficie inferior del tablero. Miró al suelo y vio el orificio circular del tubo por el que pasaban los hilos eléctricos, sin la menor señal de los mismos.

Luego se enderezó.

—Alguien ha cortado arriba los hilos y luego, tirando de ellos, se llevó unos cuantos metros de cable —dijo.

Nellie se puso ambas manos en la cara.

—Entonces, estamos bloqueados —exclamó.

—Sí, pero ¿quién diablos lo ha hecho? —gritó Flora.

—Eso importa poco ahora —contestó Shaddox—. Lo realmente interesante es... romper el bloqueo y salir de la finca.

Awes y Scrooge aparecieron en aquel momento y fueron informados rápidamente de la situación.

—Pero ¿quién diablos ha organizado este maldito jaleo? —gritó el primero descompuestamente.

—A mí me parece que todo esto es una burla —rezongó Scrooge —Soy un tipo con un magnífico sentido del humor, menos cuando me pisan un callo. Y esto es algo mucho peor que el pie de un loco encima de mis callos.

—Será mejor que nos dejemos de comentarios —dijo Shaddox—. Arriba tenemos un cadáver y la policía debe saberlo. Si no podemos abrir la puerta a mano, saltaremos la tapia como sea.

—Temo que le va a resultar un poco difícil, señor —intervino Jonathan.

—¿Por qué? —preguntó el joven.

—No hay escaleras portátiles en Farnstoke Tower, señor.

CAPITULO V

Laura Crippen sirvió el desayuno, que fue consumido en medio de un sombrío silencio. Shaddox maldecía la hora en que se le ocurrió emprender el viaje, aunque sabía que no había podido evitarlo, y también maldecía el error que le había llevado a quedar encerrado en una misteriosa mansión, cuyo dueño, además de autoritario y déspota, había sido un tipo chiflado.

«Por no calificarlo de otra forma menos piadosa», se dijo.

De pronto, levantó la cabeza.

—A pesar de todo, creo que hay otros medios de salir de la casa —dijo.

—¿Por ejemplo? —preguntó Nellie.

—Hay sábanas. Haré una buena soga y la arrojaré sobre la alambrada. Podré trepar al borde de la tapia y...

—¿Tiene experiencia como alpinista? —preguntó Scrooge un tanto irónicamente.

—Tengo experiencia en no quedarme con los brazos cruzados, cuando la situación exige un mínimo de acción —contestó el joven con sequedad.

—Pero ¿qué diablos sucede en esta casa? —Barbotó Flora—. ¿Cómo es posible que no haya siquiera una mala escalera? En alguna ocasión, será preciso reparar la fachada, subirse al tejado...

—Alguien ha pensado en divertirse a nuestra costa y nos ha bloqueado aquí, suprimiendo todos los medios de evasión —intervino Nellie.

—Tal vez, pero ¿por qué? —preguntó Shaddox.

La muchacha se encogió de hombros. A Shaddox le dio la sensación de que sabía algo más de lo que trataba de aparentar. Se prometió buscar la ocasión de hablar con ella a solas en cuanto pudiese.

El ama de llaves entró para llevarse el servicio. Shaddox alzó una mano.

—¿Señor? —dijo Laura.

—Por favor, dígame la causa de que no haya ninguna escalera portátil en la casa —rogó el joven.

—Lo ignoro, señor. Supongo que se consideraría un elemento innecesario.

—Laura, observo algo extraño —dijo Nellie—. En otros tiempos, había en Farnstone Tower más servidumbre. ¿Qué sucede? ¿Por qué están solos usted y Jonathan?

—Es bien sencillo, señorita. Tras la lectura del testamento y el cumplimiento de sus cláusulas, la casa quedará a disposición de la entidad benéfica que ya es su propietaria. A los pocos días del fallecimiento de sir Roderick, el señor Hymmington despidió a todos, excepto al mayordomo y a mí. Nosotros nos marcharemos apenas se haya marchado el último de los huéspedes.

—Comprendo. Muchas gracias, Laura.

—A su disposición, señorita.

Laura se marchó. Awes sacó un cigarro, mordió la punta y se entregó al

rito de encenderlo. Después de las primeras bocanadas de humo, dijo:

—El viejo fue siempre un tipo atrabiliario y malhumorado. Estoy seguro de que ha querido gastarnos una broma desde el más allá. Vamos, que quiso divertirse a nuestra costa.

—Eso no tiene ninguna gracia —refunfuñó Flora.

—Pero convendrás conmigo que es cierto.

—A mí no me importa el carácter del difunto sir Roderick —exclamó Shaddox, a la vez que se ponía en pie—. Yo no le conocí, jamás tuve la menor relación con él y no me siento en absoluto obligado por las cláusulas de un absurdo testamento. Tengo cosas que hacer fuera de aquí y ya estoy perdiendo demasiado tiempo.

—¿Vas a intentar salir? —preguntó Nellie.

—¡Por supuesto!

El joven echó a andar hacia la puerta. Subió al primer piso y sacó las sábanas de su cama, pasando a continuación a los dos dormitorios contiguos, en los que realizó la misma operación. Nellie le alcanzó cuando estaba haciendo los nudos.

—Te aconsejo busques un contrapeso para que la soga agarre en la alambrada —dijo la muchacha.

—No es mala idea —sonrió él—. Oye, ¿cómo es posible que se me confundiera con Nick Jordan?

—Hace muchos años que no lo vemos ninguno de nosotros... y yo tenía apenas diez años la última vez que estuve con él. En cuanto a los otros... no sé. Tendrías que preguntarles a ellos, me parece.

—¡Bah, no merece la pena! —Shaddox se echó al hombro el conjunto de sábanas—. Voy a buscar un contrapeso, aunque no se me ocurre... Ah, ya sé; una silla será suficiente. Son sólidas y aguantarán mi peso.

—Recuerda, hay vidrios en la barda —dijo Nellie.

—Me llevaré también un martillo. Sería demasiado milagroso que no hubiese aquí tampoco un martillo.

—Mientras buscas la silla, yo se lo pediré al mayordomo. Nos reuniremos en el vestíbulo, Vic.

—Está bien, Nellie.

Shaddox abrió la puerta principal momentos más tarde. Continuaba lloviendo y, aunque la niebla se había disipado, las nubes estaban muy bajas y parecían contener un caudal inagotable de agua. El ambiente era húmedo, realmente desapacible.

Nellie apareció de pronto.

—Ya tengo el martillo —anunció.

—Perfectamente. Vamos allá.

—Os acompaño. —Flora sugirió de pronto, envuelta en un impermeable de color amarillo—. Siento curiosidad por ver si puedes forzar esa especie de muro de Berlín.

—Aquí no hay guardias fronterizos ni perros sabuesos... Por cierto, ¿cómo

no hay perros en Farnstoke Tower? —dijo Shaddox mientras caminaba hacia la tapia.

—Se los llevaron después de la muerte del viejo —explicó Flora.

—Más de uno se debió de quedar muy descansado cuando sir Roderick emprendió su último viaje.

—No te lo puedes figurar siquiera, Vic.

—¿Tú también, Flora?

Ella se encogió de hombros.

—Hacía ya muchos años que no tenía la menor relación con él —respondió.

Momentos después, llegaban junto a la tapia. Shaddox puso la silla en el suelo y ató al respaldo uno de los extremos de la improvisada soga. Al hacer el nudo, advirtió que el tejido de las sábanas empezaba a impregnarse de agua.

De pronto, un cuervo apareció, lanzando un graznido, y se posó en uno de los hilos de la alambrada. El pajarraco se sacudió el cuerpo, sin duda para expulsar las gotas de agua que mojaban su plumaje. Para conseguir mejores efectos, extendió y sacudió también las alas.

El cuervo estaba en uno de los alambres superiores, aunque no el más alto. Al extender las alas, la punta de la izquierda rozó el hilo superior. Se oyó un fuerte chasquido y brilló un vivísimo chispazo blancoazulado. El cuervo, carbonizado instantáneamente, cayó al suelo, en donde quedó, hecho una bola que humeaba apestosamente.

Shaddox tenía ya la silla en la mano, para lanzarla a lo alto, y la depositó lentamente en el suelo. En su cara no había rastro de color.

—¡Dios mío, la alambrada está electrificada! —exclamó.

Nellie se sentía aterrada. Flora emitió un juramento en voz baja.

—Pe..., pero a ti, Vic, no te habría pasado nada... —dijo—. La madera es aislante y también la tela de las sábanas...

Las sábanas están mojadas y ello las convierte en algo tan peligroso como un cable metálico —contestó el joven—. De no haber sido por el cuervo, yo estaría ahora tendido ahí abajo, al pie de la tapia.

—Bueno —resopló Flora—, la corriente se puede cortar.

—Sí, pero no pienso salir por ahí, aunque corten la corriente —dijo Shaddox.

—¿Por qué? Sin energía eléctrica, ya no habría peligro...

Shaddox cargó de nuevo con la silla y las sábanas, y emprendió el regreso a la casa.

—Hasta ahora, soy el único que ha intentado buscar una solución para nuestro encierro —dijo—. Hay tres hombres más; creo que ellos deberían hacer también algo. Sin contar a las mujeres, a las que debemos dar las mismas oportunidades. ¿O es que la igualdad de sexos es sólo una frase?

—Vic, no te enfades —rogó Nellie—. Si yo conociese el modo de salir de aquí, ¿crees que continuaría aún en esta casa? Recuerda que renuncié a mi parte de la herencia.

—Lo siento —se disculpó el joven—. He estado a punto de morir y eso me ha puesto nervioso.

—En eso tienes toda la razón —dijo Flora—. Todavía me tiemblan las piernas, cuando recuerdo al cuervo, frito...

Entraron en la casa. El mayordomo salió a su encuentro.

—Jonathan, la alambrada está electrificada —exclamó Shaddox.

—Naturalmente, señor.

—¡Pues ya podía habérmelo advertido! —se sublevó el joven.

—Lo siento, señor. El señor no me avisó de sus intenciones... Si lo desea el señor, iré a cortar la corriente ahora mismo...

—Me es igual ya, Jonathan.

Shaddox se desvió hacia el salón. Buscó una botella y se puso dos dedos de brandy en una copa.

Nellie se le acercó muy preocupada.

—Si se desconecta la corriente, será posible pasar al otro lado —dijo suavemente.

—Que lo haga otro —respondió él abruptamente—. No estoy seguro de que alguien no conecte la corriente cuando este trepando.

—¿Es que sospechas...?

—Belle ha muerto, ¿verdad? Y no se puede hablar precisamente de suicidio.

—Eso es cierto, Vic —admitió la muchacha.

—El ambiente es terriblemente sombrío, siniestro —continuó Shaddox—. Yo me pregunto si los herederos no fueron congregados aquí, para ser objeto de una venganza por parte del testador.

—¡Pero está muerto, Vic!

—Por lo que he oído, tu abuelo era lo suficientemente rencoroso como para vengarse de la gente, aun después de muerto. En fin, tú, que eras su nieta, debías conocerle mejor que yo.

—No creas. Nuestro trato con él era poco menos que inexistente. Nunca perdonó a mi madre que se casara con otro hombre que no fuese el que él deseaba para yerno. Ni siquiera he salido aún de mi asombro al ver que me dejaba cien mil libras.

—A lo mejor, también quería vengarse de ti.

—Eso sería ya demasiado —protestó Nellie—. Lo visité hace un par de años y, aun teniendo en cuenta su carácter adusto y poco amigo de efusiones, se portó muy bien conmigo. A pesar de todo —suspiró—, no quiso ni oír hablar de mi madre.

—Un tipo detestable. No se puede guardar rencor a una persona durante veinte años, y menos cuando esa persona es la propia hija.

Scrooge entró en aquel momento, antes de que Nellie pudiera hablar.

—Estoy buscando a Aníbal —exclamó—. ¿Alguno de ustedes le ha visto?

—No bajó a desayunar —respondió Nellie.

—He estado en su dormitorio y no lo he visto. Seguiré preguntando —se

despidió el sujeto.

Shaddox y la muchacha cambiaron una mirada.

—Es curioso —murmuró ella—. Aníbal no tenía por qué faltar al desayuno...

De repente, Shaddox se notó presa de un extraño presentimiento.

—Vamos a buscarle —exclamó.

Nellie asintió y salió detrás de él. Los dos jóvenes empegaron a mirar por todas partes. No eran los únicos, Flora, y Awes también se habían unido a la búsqueda.

Shaddox llegó al extremo de entrar en la habitación donde yacía el cuerpo de Belle y mirar, no sólo en los armarios, sino debajo de la cama. Nellie le llamó de pronto:

—Vic...

El joven fue hacia la puerta.

—Conviene examinar el dormitorio de Aníbal —dijo ella—. No hemos estado allí todavía.

—Los otros, sí —alegó Shaddox.

—De todas formas, creo que debemos intentarlo.

—Muy bien, aunque pudiera suceder una cosa.

—¿Si, Vic?

—¿Sí, Vic?

—Quizá Cluthings ha encontrado el medio de abandonar Farnstoke Tower, sin molestarse en indicarlo a los demás.

—Lo dudo mucho.

—¿Por qué, Nellie?

—Le esperaban cien mil libras, recuérdalo.

—Es verdad —murmuró el joven.

Pero cada vez se sentía más aprensivo acerca de la suerte que había corrido el sujeto.

Entraron en el dormitorio. El armario ropero estaba vacío. No había el menor rastro de Cluthings en ninguna parte. Shaddox se notaba invadido por un siniestro pesimismo.

De pronto, vio algo que llamó su atención.

Las paredes de la habitación estaban cubiertas de paneles le madera, hasta una altura de tres metros. Uno de los paneles, de dos metros de altura por uno de ancho, parecía ligeramente desencajado del conjunto.

Shaddox se acercó lentamente. Aquel panel semejaba una puerta por sus dimensiones y la base quedaba a unos cincuenta centímetros del suelo.

Durante unos segundos, permaneció inmóvil, contemplado expectantemente por la muchacha. Luego puso los dedos de ambas manos en el borde del panel y tiró hacia afuera.

Se oyó un gañido, ruido característico de unas bisagras faltas de grasa. Cluthings apareció ante sus ojos, de pie en el hueco que había al otro lado del panel.

—¡Aníbal! —gritó Nellie.
Pero Cluthings no contestó.
Shaddox tragó saliva.
—Está muerto —dijo.

CAPITULO VI

Los ojos de Cluthings estaban desmesuradamente abiertos, expresando sorpresa y horror a un mismo tiempo. Shaddox, aturdido, aunque más sereno de lo que habría esperado de sí mismo, mantenía el panel abierto, sujetándolo con la mano izquierda.

Súbitamente, el muerto se venció hacia adelante.

Nellie lanzó un penetrante chillido. Shaddox apenas si tuvo tiempo de saltar a un lado, para evitar ser golpeado por el cadáver, que chocó contra el suelo, produciendo un sordo estruendo.

Al mismo tiempo. Shaddox creyó ver un destello metálico en el fondo del hueco, pero no le concedió importancia. Soltó el panel y éste giró hasta situarse de nuevo en su sitio, volviendo a formar parte nuevamente de la decoración.

Fuera, en d corredor, sonaron pasos precipitados.

Scrooge irrumpió en d dormitorio.

—¿Qué sucede?

Shaddox señaló el cuerpo tendido en el suelo.

—Ahí está Aníbal —dijo.

—¡Dios! —exclamó Scrooge.

Awes y Flora aparecieron sucesivamente.

—¿Quién lo ha matado? —preguntó Flora.

Shaddox rió amargamente.

—Aníbal es el único que podrá decirlo —repuso—. Nellie y yo descubrimos un hueco en esa pared y, al abrirlo, nos encontramos con el cadáver, es todo lo que podemos decir.

Awes se arrodilló junto al muerto.

—Ha sido apuñalado —dijo—. Se ve claramente el agujero del puñal.

Scrooge miró hacia la pared.

—¿No será ese panel la entrada a un pasadizo secreto? —sugirió.

—Puede ser —contestó Shaddox—. Pero, por si acaso, yo no pienso entrar ahí.

Awes pasó el índice por la espalda del muerto.

—Hace ya mucho rato que murió —dijo—. La sangre está casi seca... y la muerte debió de producirse instantáneamente. El arma, cualquiera que haya sido, le interesó directamente el corazón.

—¿Es usted médico? —preguntó Shaddox.

—No. Fui enfermero hace algunos años. Tuve ocasión de ver bastantes heridas... pero, ¿dónde está el arma del crimen?

Shaddox abrió el panel y lo encontró completamente vacío.

—Aquí no se ve nada —dijo.

Al soltar el panel, éste se cerró por sí solo. Awes movió una mano.

—Lo mejor será que lo llevemos a su cama —propuso.

Shaddox ayudó a transportar el cadáver, que quedó cubierto por una sábana. Luego se dirigió hacia la puerta.

—Es preciso que hablemos con Jonathan y la señora Crippen —exclamó.

—No creo que puedan ayudarnos mucho —dijo Flora.

—Llevan aquí más tiempo que cualquiera de nosotros. Seguramente, saben algo... y pienso obligarles a que contesten mis respuestas —dijo el joven resueltamente.

* * *

El mayordomo y Laura entraron en el salón. Laura se secaba todavía las manos con un delantal de cocina.

—Señor —dijo Jonathan.

—Hay otro cadáver —declaró Shaddox—. El señor Cluthings ha muerto.

Laura se tapó la cara con las manos.

—¡Dios mío! —gimió.

—¿Algún accidente, señor? —preguntó Jonathan.

—¿Se puede llamar accidente al puñal que atraviesa un corazón? —dijo Flora sarcásticamente.

El mayordomo se puso rígido.

—¡Asesinato!

—Exactamente. Pero no sabemos por quién —dijo Shaddox—. Jonathan, ¿vio hoy al señor Cluthings?

—Sí... Perdón, lo más correcto sería decir que hablé con él, señor.

—¿Cómo?

—Verá, señor. Esta mañana, a las siete y media, fui a despertarle a su habitación. Toqué con los nudillos, abrí la puerta un poco y le anuncié que el desayuno se serviría a las ocho en punto. El señor Cluthings me había ordenado despertarle a las siete y media, señor.

—¿Le contestó?

—Por supuesto, señor. Incluso dijo que ya estaba despierto. Me dio las gracias...

—Y no ha vuelto a saber de él.

—No, señor.

Shaddox se volvió hacia el ama de llaves.

—Señora Crippen, ¿le encargó el señor Cluthings que le subiera el desayuno a su habitación?

—No, señor —contestó Laura.

—¿Y no le extrañó la ausencia?

—El difunto sir Roderick nos encargó siempre respetásemos los deseos de sus huéspedes, incluso aunque pudieran parecemos extravagantes.

—Y como Aníbal no bajó a desayunar, usted no se preocupó de ello —dijo Flora críticamente.

—Jonathan me había dicho que el señor Cluthings estaba ya despierto. Yo

sólo tenía que esperar a que me ordenase servirle el desayuno —contestó Laura, impasible.

—Está bien. Jonathan, señora Crippen, ¿alguno de los dos ha oído mencionar un hueco secreto en el dormitorio de Cluthings? —preguntó Shaddox.

—Es la primera noticia que tengo sobre el particular, señor —aseguró el mayordomo.

—¿Un hueco secreto? —repitió Laura.

—Gracias, eso es todo. Pueden retirarse. "

Jonathan y el ama de llaves se marcharon. Scrooge vertió coñac en una copa y tomó un buen trago.

—Ya tenemos dos «fiambres» en la casa —masculló—. ¿Es posible que el viejo mantenga su rencor hasta más allá de la tumba?

Scrooge hablaba como si estuviera a solas. Shaddox se volvió rápidamente hacia él.

—¿Por qué dice eso, Durhan? —exclamó vivamente.

—¿Cómo? No entiendo...

—Ha dicho que sir Roderick mantiene su rencor más allá de la tumba. ¿Acaso tenía motivos para albergar tales sentimientos hacia usted?

Scrooge sonrió forzadamente.

—Era un hombre que detestaba a todo el mundo —contestó.

—A mí también me odiaba —terció Awes.

—¿Por qué?

Awes se encogió de hombros.

—Era su carácter —contestó evasivamente.

—No congeniaba con nadie —añadió Flora.

—Tenía muy mal genio, en efecto —dijo Nellie—. De todos modos, me parece monstruoso que siga odiando después de muerto.

—Odiando... y asesinando —rezongó Scrooge.

—¿Va a decirme que es un muerto el autor de esos dos asesinatos? —exclamó Shaddox, a la vez que alzaba las cejas.

Scrooge dejó la copa en la repisa de la chimenea.

—Lo cierto es que estamos aquí, que vinimos atraídos por el señuelo de las cien mil libras... y que han muerto dos de los herederos.

—Y el testamento dice que, si algún heredero renuncia, su parte será dividida entre los demás —recordó el joven.

—Pero no menciona para nada la causa de muerte por asesinato —alegó Flora.

—No leí el testamento por completo y no puedo juzgar —dijo Shaddox—. De todos modos, ustedes, los herederos, ¿piensan seguir mano sobre mano? ¿No van a hacer nada para solucionar esta situación?

Awes se encaminó hacia la puerta.

—Yo haré algo, pero no ahora, sino a la noche —dijo por encima del hombro—. Para mí, la clave del secreto está en la Cámara Negra.

Se detuvo junto a la puerta y volvió la cabeza.

—Y, a la noche, yo entraré en la Cámara Negra y averiguaré lo que pasa —añadió.

—Lo que yo quise decir era si ustedes no piensan hacer nada para salir de la casa —puntualizó el joven.

Scrooge se encogió de hombros. Flora encendió un cigarrillo.

—Ya entiendo —musitó Shaddox—. No quieren marcharse. Están aquí retenidos por cien mil libras...

—Vic, si estuvieras en mi pellejo, ¿no harías lo mismo? —preguntó Flora.

—¿Qué necesitas más: el dinero para ampliar tu negocio ahora o la vida para hacerlo aunque sea dentro de unos años?

Flora se puso colorada. Shaddox se dirigió hacia la puerta.

—Aguardará solamente veinticuatro horas —anunció—. Si mañana, a estas horas, no se ha solucionado el problema... derribaré la tapia, como sea, para conseguir salir de este maldito caserón.

* * *

—¿Cómo piensas derribar la tapia? —preguntó Nellie más tarde, solos los dos en la biblioteca.

—No lo sé, ya encontraré alguna solución. Pero esto no me gusta en absoluto, y aun sin considerar las dos muertes violentas. Llegué aquí por error y me he visto mezclado en un sucio asunto de dinero y sangre, en el que no tengo la menor parte.

Shaddox miró fijamente a la muchacha.

—Esto es una venganza de tu abuelo —añadió.

—¡Por Dios, Vic! —protestó ella—. No digas insensateces...

—Tengo que hablar más extensamente con Jonathan, aunque me parece es un sujeto muy escurridizo. Belle y Aníbal no han muerto por nada. Algo hicieron a alguien... a tu abuelo, por ejemplo.

—¿Qué le hicieron? —quiso saber Nellie.

—¿De qué murió sir Roderick?

—No estoy segura... Un ataque cardíaco, creo.

—¿Padecía del corazón?

—Tenía ya setenta y dos años. Vic.

—Una edad avanzada, ciertamente, pero hay muchas personas que la tienen y su corazón funciona magníficamente.

—Y, de repente, les falla.

Shaddox meditó durante unos segundos. De pronto, miró a la muchacha.

—Nellie, ¿tú sabes, por casualidad, si tus parientes vinieron aquí tiempo atrás? Me refiero a los herederos, claro...

—No, no lo sé, aunque podríamos preguntárselo a Jonathan. Pero, ¿qué tratas de decirme?

—No estoy seguro todavía... Por un lado, pienso en la idea de una

venganza... Por otro, me siento desconcertado... Tomemos el caso de Belle, por ejemplo. Entra en la Cámara Negra y desaparece misteriosamente, para aparecer en su cama, después de morir estrangulada. ¿Qué explicación le das a ese enigma?

—Ninguna, porque no se me ocurre nada —contestó ella.

—Mira, lo mejor será que hablemos con Jonathan. Voy a buscarlo...

—No seas tonto. Llámalo, para eso está ahí el cordón, junto a la puerta.

Shaddox sonrió.

—Se ve que no estoy acostumbrado a vivir en una mansión, con servidumbre —dijo.

Se acercó a la puerta, tiró del cordón y regresó junto a la muchacha. Jonathan apareció a los pocos momentos.

—¿Llamaban los señores? —inquirió.

—Sí, entre, por favor —dijo Shaddox—. Quiero hacerle una pregunta, Jonathan.

—Desde luego, señor.

—Dígame..., ¿los herederos del difunto sir Roderick, es decir, los cuatro sobrinos, ¿estuvieron aquí hace algún tiempo? Antes de que sir Roderick muriese, claro.

—Sí, señor. Estuvieron hace un par de meses antes de su muerte.

—¿Todos?

—Sí, señor.

—A mí no me meta en esto, Jonathan —protestó Nellie—. Yo no estuve en esa ocasión. Hacía más de dos años que no aparecía por Farnstoke Tower.

El mayordomo se volvió.

—Dispénseme, señorita. Es claro que no pretendía involucrarla a usted en mi respuesta —dijo cortésmente.

—Bien, gracias. Sigue, Vic.

Shaddox hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

—Perfectamente, Jonathan. Los cuatro herederos...

—Pero no la señora Sharpless, señor —puntualizó el mayordomo.

—Sólo los sobrinos.

—Sí, en efecto, señor. Estuvieron aquí y, por la noche, tras la cena, se reunieron con el difunto sir Roderick en su despacho. La reunión duró aproximadamente una hora.

—¿Y después?

—Todos se fueron a acostar. A la mañana siguiente, abandonaron la casa. Muy temprano, señor.

Nellie adelantó el busto.

—¿Qué día fue ése, Jonathan? —preguntó.

—El doce de febrero, señorita.

—Es la fecha en que falleció mi abuelo —declaró la joven sorprendentemente.

CAPITULO VII

Jonathan se marchó momentos más tarde. Shaddox empezó a meditar acerca de los informes recibidos del mayordomo.

—Ha dicho que se marcharon muy temprano, antes incluso de desayunar —dijo—. Sir Roderick estaba todavía en su dormitorio» pero cuando fue a despertarlo, alrededor de las nueve y media, lo encontró muerto. El médico diagnosticó paro cardíaco.

—Un diagnóstico evidentemente lógico, aunque poco convincente, para mí —exclamó Nellie.

—Piensas en un crimen.

—Sí, y creo que lo asesinaron.

—¿Cómo, Nellie?

—Oh, no lo sé... Tal vez un veneno..., pero recuerda lo que ha dicho Jonathan. Se marcharon muy temprano, sobre las siete y media. ¿No te parece una marcha muy precipitada?

—Si no tenían nada más que hacer aquí...

—Yo lo habían hecho —dijo Nellie intencionadamente—. A las nueve y media estaban a suficiente distancia, como para no ser relacionados con el crimen. Podían esperar perfectamente dos meses, que es lo que ha tardado la convocatoria, para la lectura del testamento.

—Sin embargo, no se esperaban una cláusula semejante, me refiero a la estancia en la Cámara Negra durante doce horas.

—No, pero tampoco ha parecido afectarles demasiado. Son cien mil libras... y tengo la sospecha de que todos ellos se encontraban en mala situación económica.

—Jonathan ha dicho que no sabe qué pudieron tratar en la reunión celebrada después de la cena —recordó el joven.

—Yo me lo imagino fácilmente —dijo Nellie con acento sarcástico—. Estoy segura de que todos ello le pidieron dinero. El abuelo, con su carácter inaguantable, debió de ponerles como un trapo. Quizá fue entonces cuando decidieron el asesinato.

—Si fue así, dudo mucho de que se pueda probar algún día, Nellie.

—Lo sé, pero ¿no te parece que deberíamos interrogar a alguno de los que estuvieron presentes en la reunión?

—Sólo contamos con dos: Awes y Scrooge. Cluthings está muerto y no hay el menor rastro de Jordan. En cuanto a Flora, ya has oído al mayordomo: no estuvo aquí aquella noche.

—Bueno, hablaremos sucesivamente con Awes y con Scrooge. ¿Vamos?

—Sí, desde luego —accedió Shaddox.

Abandonaron la biblioteca y, cruzando el vestíbulo, entraron en la estancia que había sido el gabinete de trabajo del difunto. Scrooge estaba inclinado sobre la mesa y se incorporó rápidamente al ver entrar a la pareja.

—Hola —dijo, enrojeciendo visiblemente.
—Queremos hablar con usted, Durban —manifestó la muchacha.
—Sí, claro...
—¿Qué busca ahí? — preguntó Shaddox.
—El viejo tenía cigarros. Habanos legítimos, muy buenos. Se... Me entró el capricho de fumarme alguno...
Nellie le miró de reojo.
—¿No estaría buscando algo más positivo?
Scrooge se puso rígido.
—En todo caso, no creo que esto te importe —respondió agriamente—.
—Nellie, recuerda a lo que hemos venido —murmuró el joven.
—Sí, tienes razón. Durhan, usted estuvo con mi abuelo la víspera de su muerte.
—Es cierto y no tengo por qué negarlo —contestó el sujeto.
—Y no fue el único —dijo Shaddox—. Con usted estuvieron también Jordan, Awes y Cluthings. Después de cenar, se encerraron aquí con sir Roderick. ¿De qué hablaron?
—¿Le importa a usted mucho, señor Shaddox?
—Si no quiere contestarle a él, contésteme a mí —adamó Nellie—. Soy también heredera del difunto y tengo derecho a saber lo que pasó en esta casa la víspera del día en que murió mi abuelo.
Scrooge echó a andar hacia la puerta.
—No tengo por qué contestar a ciertas impertinencias —dijo fríamente.
—Con toda seguridad, porque aquella noche se tramó la muerte de mi abuelo —dijo Nellie, girando sobre sí misma, a medida que el otro avanzaba hacia la salida.
Scrooge se detuvo un instante, pero siguió caminando.
—No merece la pena molestarse siquiera por una absurda insinuación —respondió.
Al salir, dio un portazo que hizo retemblar las paredes. Nellie se encaró con el joven.
—Creo que tengo razón. Lo asesinaron —dijo.
Shaddox se acarició el mentón.
—Esperaremos a hablar con Awes —aconsejó.

* * *

Awes se hizo visible cuando faltaban pocos minutos para lacena.
—¿Dónde has estado? —preguntó Nellie.
—En mi cuarto. Durmiendo. Recuerda, pienso pasar la noche en la Cámara Negra —contestó Awes.
—Don... ¿estás decidido?
—Sí. Belle entró ahí y salió por alguna parte. Quiero encontrar el pasadizo.
—¿Qué significa eso? —preguntó Shaddox.

—Significa, exactamente, que alguien estranguló a Belle y la llevó luego a su dormitorio. Simplemente, quiero encontrar al asesino.

—¿Tienes alguna idea de quién pudo hacerlo, Don?—preguntó la muchacha.

—Te contestaré cuando le haya echado el guante. —Sonriendo orgullosamente, Awes sacó una pequeña pistola del bolsillo posterior de sus pantalones—. No pienso dejarme estrangular—añadió.

—Según las condiciones del testamento, no puedes llevar hada a la Cámara Negra...

—Belle ha muerto y eso es lo que importa. Su asesinato invalida cualquier cláusula condicionante del testamento. Tengo derecho a defenderme, ¿no?

—Mi abuelo también lo tenía, Don —dijo Nellie.

—No entiendo...

—¿De qué hablasteis los cuatro sobrinos con él, la víspera de su muerte?

Awes se sonrojó.

—Te lo ha dicho Jonathan —contestó.

—Sí. Scrooge lo ha confirmado.

—Bueno, la verdad es que... Vinimos a pedirle dinero.

—¿Todos? ¿Los cuatro?

—Sí. Yo me había encontrado casualmente con Nick Jordan y comentamos nuestra situación, nada boyante. Nick dijo que hablaría con los otros dos y acordamos venir los cuatro un día a visitar al viejo.

—Y os dio con la puerta en las narices.

—No quiso prestarnos ni un penique. Y no le pedíamos tanto, caramba; sólo unos pocos cientos de libras... Pero se rió de nosotros, se burló groseramente... En fin, nos trató como no puedes imaginarte.

—¿Qué pasó después?

—Nada. Fuimos a acostamos y nos marchamos muy temprano. Sin despedimos de aquel viejo canalla, por supuesto.

—Don, ¿no acordasteis precipitar el fin de su vida?

Awes se atiesó.

—¿Estás insinuando una conspiración para asesinarlo?

—Para serte franca, si. Sospecho que lo acordasteis y, por el procedimiento que fuese, lo levasteis a la práctica.

—Sir Roderick murió cuando llevábamos ya dos horas fuera de Farnstoke Tower —contestó Awes.

—Nos habríamos quedado aquí, para evitar sospechas, ¿no te parece?

—Quizá pensaron que marchándose dos horas antes, eludirían esas sospechas —intervino Shaddox.

Awes le miró irritadamente.

—Oiga, ¿quién diablos le da a usted vela en este entierro? —gruñó.

—A decir verdad, nadie, pero recuerde, yo llegué aquí y todos esperaban ver al único que no ha aparecido hasta ahora. Más de uno me confundió con Nick... y hasta ahora, no he sabido por qué, todos ustedes tenían que

conocerle.

—Bueno... —Awes sonrió de un modo especial—. Es por su profesión.

—¿Su profesión? —repitió Shaddox.

—Es actor de teatro y sabe caracterizarse muy bien. También actúa a veces en el cine. No es una primera figura, pero suelen contratarle para papeles secundarios en películas de terror, en donde interpreta personajes muy variados. Además, es un gran bromista...

—Ya, le gusta hacerse pasar por otro.

—Créame, si no se conoce previamente su disfraz, nadie puede identificarle.

—Estábamos hablando de otra cosa —recordó Nellie impulsivamente—. Don, ¿qué pasó después de la reunión?

—Bueno, fracasados en el intento, fuimos a dormir y nos marchamos muy temprano. Todos teníamos que volver a Londres, que no está precisamente a la vuelta de la esquina.

Ella le miró fijamente.

—Si acordasteis asesinarlo, no cabe duda de que supisteis hacerlo muy bien —dijo.

Awes se encogió de hombros.

—No lo asesinamos —respondió sin inmutarse.

* * *

—De modo que sigues empeñado en entrar en la Cámara Negra —dijo Flora, cuando ya terminaban la cena.

—Por supuesto —contestó Awes.

—Está armado —dijo Shaddox.

—No puedes llevar nada encima, Don —intervino Scrooge.

—Esa cláusula me importa un bledo —respondió Awes abruptamente—. Tengo derecho a defenderme, creo. Además, no permitiré que se cierre la puerta con llave. Solamente se volverá lo justo para tapar la entrada, pero nada más.

—¿Y hemos de pasar la noche frente a la puerta?

Awes se encogió de hombros.

—Si quieren irse a dormir, no se lo impediré —repuso.

Laura pasaba en aquel momento por su lado y la detuvo con un gesto.

—¿Señor? —dijo el ama de llaves.

—Cuando se vaya a dormir, deje una cafetera llena en la cocina.

—Sí, señor.

Awes se volvió hacia Shaddox.

—Ha fracasado en su intento de salir —dijo.

—Es cierto —admitió el joven—. Sin embargo, confío en dar con una idea que me permita abandonar la casa.

—¿Se te ha ocurrido algo, Vic? —preguntó Nellie.

—Todavía no, pero como dijo alguien... lo consultaré con la almohada —sonrió Shaddox. De pronto, se puso serio—. Hay que buscar una solución para este problema. Arriba, en el primer piso, hay dos cadáveres.

Nadie bajó la cabeza.

—No es agradable dormir en semejante compañía —murmuró. —Menos lo es para ellos —dijo Scrooge sarcásticamente.

—No te burles de las cosas serías —le reprochó Flora—. Vic tiene razón; es preciso salir de aquí e informar de lo que sucede.

—Lo conseguiré —aseguró Shaddox.

Awes se limpió los labios afectadamente y se puso en pie.

—Bueno, voy a prepararme para entrar en la Cámara Negra —dijo sonriendo—. ¿No me aplauden por mi valor?

—Ten cuidado —dijo Flora.

El sujeto se dio una palmada en el bolsillo trasero del pantalón.

—Este es un buen seguro de vida —contestó—. Por supuesto, me llevaré también tabaco y fósforos.

—No olvides un cenicero; el suelo está forrado de tela.

—Descuida. Hasta mañana... —Awes consultó el reloj—. Son las ocho y doce minutos. Entraré dentro de dos minutos más, así que saldré a las ocho y catorce. Buenas noches.

Scrooge se levantó a poco. Flora le siguió casi de inmediato. Nellie y Shaddox quedaron frente a frente.

—¿Qué piensas, Vic? —preguntó la muchacha.

—Puede que la idea de Don resulte.

—Si hay un asesino en la casa, ¿dónde está? —murmuró ella aprensivamente—. No resulta agradable irse a la cama, sin tener la seguridad de que vas a despertar a la mañana siguiente...

De pronto, Shaddox hizo chasquear los dedos.

—Tengo una idea —dijo.

—¿Sí? —exclamó Nellie con ansiedad.

—He visto un montón de herramientas en el garaje. Voy a ver si encuentro las necesarias para reparar el mando eléctrico de apertura de la puerta.

—Pero ¿entiendes...?

Shaddox sonrió.

—Un poco —repuso—. Anda, espérame en el despacho de tu abuelo; iré allí dentro de unos minutos.

—De acuerdo, Vic.

CAPITULO VIII

Shaddox llegó con un destornillador, unos alicates y un rollo de cable y otro de cinta aislante. Inmediatamente, se arrodilló bajo la mesa y empezó a trabajar.

El destornillador le sirvió para levantar la primera tabla del suelo. El tubo protector de los cables quedó así al descubierto.

—No voy a tener otro remedio que seguir hasta que encuentre el punto de rotura del cable —dijo—. Entonces, podré hacer el empalme y...

—¿Quieres algo de mí, Durban?

La voz de Flora, resonando súbitamente en el despacho, llamó la atención de los dos jóvenes. Sin dejar de estar arrodillado. Shaddox se irguió y miró desconcertado a su alrededor.

—No, nada —contestó Scrooge—. Sólo venia a buscar un libro para leer en la cama. Lo mismo que tú, me parece.

—Yo me quedaré aquí hasta que tenga sueño. Además, quiero estar cerca de la Cámara Negra.

—Por si Don necesita ayuda, ¿verdad?

—Espero que no le ocurra nada.

—Yo también, Flora. Oye, ¿sabes que el viejo tenía muy buen gusto?

—No te acerques, Durban. No me gustas en absoluto.

—Bueno, no soy tan viejo...

Sonó una risa sarcástica.

—Será que no te miráis al espejo —contestó Flora—. Pero viejo o joven, no me gustas.

—Habrá algún motivo, supongo, además de la edad.

—Posiblemente, el de la reunión en la víspera de la muerte de sir Roderick.

—No ocurrió nada de particular...

—No estoy tan segura. Empiezo a pensar que los cuatro sobrinos acordasteis liquidarlo aquel mismo día.

—¡Flora! —gritó Scrooge.

—La suerte que tenéis es la falta de pruebas. Anda, busca el libro y déjame ya en paz de una vez.

De nuevo volvió el silencio. Aún en la misma postura, Shaddox miró un instante a la muchacha y luego volvió la vista hacia el lugar de donde habían salido las voces.

Había una gran lámpara de sobremesa, de metal dorado, con una base muy ancha, que representaba una Diana cazadora. Shaddox se incorporó, cogió la lámpara y examinó el pie por debajo.

Un cable conductor salía de la lámpara y se perdía en d interior de la mesa. Nellie lo vio y se puso la mano en la boca.

—No alces la voz —aconsejó él.

Nellie asintió. Shaddox buscó los alicates y cortó el cable.

—En la biblioteca, es evidente, hay micrófonos —dijo a continuación—. Están conectados con un altavoz disimulado en el interior de la lámpara. Mira estas pequeñas hendiduras; por aquí salían las voces de la pareja.

—Y tal vez hay otro micrófono y en la biblioteca un altavoz.

—En todo caso, ya no pueden oímos.

Shaddox dejó la lámpara en su posición normal.

—Voy a continuar —anunció.

Un cuarto de hora más tarde, había levantado cinco metros de tablas del parquet. Investigó el tubo y encontró que todavía faltaba cable.

—Creo que no voy a tener otro remedio que hacer un empalme aéreo —dijo—. Pero aguardaré a mañana, con luz suficiente; no me siento capaz de salir fuera de la casa.

—¿Empalme aéreo? —se extrañó Nellie.

—Sí, un cable que vaya desde el despacho a la puerta, pero por fuera, en lugar, de estar enterrado, como hasta ahora.

—Ah, ya comprendo. Necesitarás muchos metros de cable, Vic.

—Hay varios rollos en el garaje. Pensé que tendría bastante con éste, pero el autor del desperfecto lo arrancó casi todo.

—¿Quién pudo ser? —murmuró ella.

Shaddox hizo un gesto gráfico.

—Sólo puedo decir el asesino, pero no tengo la menor idea de su identidad. ¿Tomamos una copa antes de acostamos?

—Sí, es una buena idea.

Salieron juntos del despacho. Casi en el mismo instante, se oyó un chillido espantoso.

Shaddox y la muchacha se detuvieron en el acto. El grito procedía de la Cámara Negra, cuya puerta no estaba cerrada por completo. Pero inmediatamente, se oyeron dos detonaciones, muy seguidas.

Nellie retrocedió instintivamente. Shaddox rodeó su cintura con un brazo. Los dos tenían la vista fija en la siniestra puerta. El silencio había vuelto de nuevo, lívida, con los ojos llenos de pánico.

—A..., algo le ha pasado a..., a Don...

Shaddox inspiró con fuerza.

—Entraré a ver qué ha ocurrido —dijo.

Scrooge, con bata, apareció en lo alto de la escalera.

—He oído gritos y disparas —exclamó.

—Don ha visto algo y se ha defendido —respondió Flora—. Pero ahora está... cañado...

Shaddox se separó de Nellie. La muchacha extendió una mano.

—Cuidado, Vic.

El joven asintió. En medio de la expectación general, avanzó hacia la puerta y asió el tirador. Cuando iba a abrir, apareció el ama de llaves.

—He oído unos disparos —dijo Laura.

—El señor Awes ha sido atacado y se ha defendido. Voy a entrar para

averiguar lo que ha ocurrido —contestó el joven.

Resuelto; tiró de la puerta, a la vez que se apartaba a un lado. Por un instante, esperó ver a Awes saliendo del siniestro habitáculo, pero no sucedió nada.

Al cabo de unos segundos, se atrevió a asomar la cabeza. Algo metálico brillaba en el suelo.

Lentamente, cruzó el umbral. Aquel objeto que brillaba era la pistola de Awes. Todavía se percibió el olor a pólvora quemada.

Atónito, paseó la vista en todas direcciones. Al cabo de unos segundos, salió y enseñó el arma.

—Esto es todo lo que queda de Don Awes —exclamó.

* * *

Jonathan apareció, anudándose el cordón de la bata. Al verlo, Shaddox se volvió hacia él.

—¿Sabe usted si hay algún pasadizo secreto en la Cámara Negra? —preguntó.

—Lo ignoro, señor. Dispense que no haya venido antes; estaba en el baño...

—No se preocupe, Jonathan. El caso es que Don ha desaparecido tan misteriosamente como Belle Sharpless.

Los ojos del mayordomo se dilataron.

—¡Increíble, señor!

—Puede estar bien seguro de que es así, Jonathan...

Flora adelantó un paso.

—¿Estás seguro de que, después de gritar y disparar, no echó a correr fuera de la cámara, sin que nadie le viera? —preguntó.

—Nellie y yo salíamos del despacho en el momento en que sonó el grito. Nos quedamos parados en el umbral; desde allí, veíamos la puerta de ese siniestro cuarto. Naturalmente, al oír los disparos, aguardamos un poco, por pura precaución. Pero si hubiera intentado salir de ahí, le habríamos visto, no te quepa la menor duda.

Flora pareció darse por satisfecha con la respuesta. Scrooge se asomó a la Cámara Negra un instante y se volvió en seguida, con la cara blanca.

—Me pregunto quién será el siguiente —dijo, muy nervioso—. Primero Belle, después Aníbal, ahora Don... Parece como si alguien quisiera quitar de en medio a los herederos...

—¿Es que no vamos a poder salir de esta maldita casa? —Flora pateó el suelo violentamente—. Ese dinero me hacía mucha falta, pero empiezo a pensar que mi vida es mucho más importante.

—Hay una solución —dijo Shaddox—. He encontrado cable eléctrico en el garaje. Mañana haré un empalme exterior al mando de apertura de la puerta blindada y podemos ir a Glengharvan.

—¿Y por qué no ahora?

—La noche me impresiona muchísimo —confesó el joven—. Yo también aprecio mi propio pellejo, ¿comprendes?

Scrooge alargó la mano.

—Vic, déme la pistola de Don. Me defenderé, si alguien quiere atacarme —exclamó.

Shaddox se la entregó; no había nada que objetar a la petición del individuo. Jonathan adelantó un paso.

—Si no le importa, señor, buscaré por todos los sitios, para ver si encuentro al señor

Awes —dijo.

—Es una buena idea, en efecto —convino Shaddox—. Avíseme si encuentra algo anormal, Jonathan.

—Bien, señor.

—Yo le acompañaré —se ofreció el ama de llaves.

Scrooge volvió a asomarse a la Cámara Negra.

—Hay algún tipo escondido en la casa —dijo—. Será mejor que no se ponga a tiro, porque no le pienso dar tiempo para que me ataque.

Giró sobre sus talones y se encaminó hacia la escalera. Shaddox fijó la vista en la rubia.

—Flora, tú también crees que los sobrinos acordaron asesinar a sir Roderick —dijo.

—¿Cómo lo sabes? —se sorprendió la interpelada.

—Y Scrooge tenía hoy ganas de «ligar» contigo.

—¿Has estado escuchando detrás de la puerta?

—No —sonrió el joven—. Pero lo que importa es tu forma de pensar. ¿De veras crees que lo asesinaron?

—La lástima es que no haya pruebas. Para mí, es tan seguro como que ahora estamos eh Farnstoke Tower.

Shaddox hizo un gesto con la cabeza.

—Lo malo es eso precisamente, que no hay pruebas —dijo—. Además, luchamos desventajosamente contra el asesino. El conoce la casa a la perfección y nosotros no. Esa es su ventaja.

—Flora pasó aquí un par de años —recordó Nellie.

—Pero nunca me preocupé de buscar los pasadizos secretos, si los hay —contestó la rubia.

—Alguien sí se preocupó de ello. Bien, creo que lo mejor será que nos vayamos a dormir, el que pueda, claro. Esta noche, poco o nada podemos hacer.

Subieron al primer piso. Shaddox pensó en lo poco agradable que resultaba dormir en compañía de dos cadáveres.

«Tres, si contamos a Don Awes, hacia el que no se pueden abrigar esperanzas», se dijo.

Sentíase desvelado. Después de ponerse la ropa de dormir, encendió un

cigarrillo y se sentó en un butacón, tratando de poner en orden sus pensamientos. El silencio era absoluto; sólo se oía el tenue rumor de la lluvia, que continuaba cayendo incesantemente.

Transcurrieron unos minutos. De pronto, recordó algo que le hizo ponerse en pie súbitamente.

Era muy probable que supiera ya la existencia de un pasadizo. Excitado, buscó en su equipaje y encontró una pequeña linterna. Con ella en la mano, salió de su habitación y se encaminó a la de Cluthings.

El cadáver continuaba sobre la cama, cubierto por una sábana. Al ver el bulto, Shaddox meneó la cabeza. Si Cluthings había tomado parte en la conspiración, ya había pagado su culpa. Pero ¿quién le había apuñalado?

Lentamente, se acercó al armario ropero donde había encontrado a Cluthings muerto y lo abrió. Adelantó el torso y con la luz de la linterna, procuró encontrar alguna solución de continuidad en la pared del fondo, de madera, lo mismo» .que la puerta. Tal vez aquella pared era el acceso a un corredor secreto. Pero ¿cómo había ido a parar Cluthings al interior del armario?

En el centro de la pared, divisó un pequeño cuadrado, señalado simplemente por la línea de separación con el resto de la madera, línea que sólo se percibía tras un atento examen. Tocó con los nudillos y le pareció percibir ruido a hueco.

Sonrió satisfecho. Le parecía hallarse sobre la buena pista, por lo que puso el pie en el suelo del armario, a treinta centímetros del de la estancia. Sosteniendo la linterna con la mano izquierda, golpeó suave y repetidamente la madera del fondo, buscando por el oído el lugar que le parecía más apropiado para encontrar el pasadizo.

De repente, le pareció que no estaba solo en el dormitorio. Antes de que pudiera volverse, oyó que la puerta del armario se cerraba de golpe.

Algo chasqueó a la altura de su cinturón. El resplandor de la linterna iluminó claramente el interior del pequeño cubículo en que se había convertido el armario. Instintivamente, bajó la cabeza.

Su frente se cubrió de un sudor frío instantáneamente. Rozando la parte inferior de su tórax, un poco por encima de la hebilla de su cinturón, asomaba lo que parecía la aguda hoja de una espada o un puñal, que salía de la pared del, fondo a través del hueco que había bajo el pequeño panel; cuadrado y que ahora aparecía levantado. Aquel trozo de mortífero acero, ya no cabía duda, había surgido al cerrarse la puerta.

En aquellos momentos, estaba de costado, con el hombro izquierdo pegado a la pared del armario. De haberse hallado frente a la misma pared, el puñal le habría atravesado con toda facilidad.

Durante unos segundos, permaneció inmóvil. Ahora ya no cabía duda de que alguien había intentado asesinarlo. La puerta del armario no se había cerrado por sí sola. Alguien, que conocía el siniestro truco, la había golpeado para sorprenderle en aquel lugar.

—Y también para evitar que siga metiendo las narices donde no me importa —murmuró.

El puñal continuaba inmóvil. Shaddox comprendió que ello había permitido mantener en pie a Cluthings. Entonces, al abrir la puerta...

Abrió, alargando una mano, y el acero desapareció tras el fondo. Por eso no lo habían visto antes, se dijo.

Tiró de la puerta y el acero reapareció con espantosa rapidez, con la potencia suficiente para atravesar un cuerpo humano como si estuviese hecho de mantequilla. Tendría que ir a su habitación para buscar las herramientas y desmontar aquel horrendo artefacto de muerte.

Volvió a abrir de nuevo y el cuchillo desapareció por segunda vez y el cuadrado de madera ocupó su puesto. Sudando como si estuviese en pleno verano, salió del armario. Sacó un pañuelo y se lo pasó por la cara y el cuello.

Luego miró hacia la puerta. Estaba entreabierta y tenía la seguridad de haberla cerrado. Ya no cabía duda de que alguien había entrado, y seguramente, después de espiarle, y conocedor del secreto, había intentado eliminarle.

¿Había algo más al otro lado de la pared del fondo?

Al cabo de unos segundos, resuelto, decidió regresar a su dormitorio. Salió de la tétrica estancia, caminó unos cuantos pasos por el corredor y llegó a la puerta de su dormitorio, que abrió de inmediato. Entonces, sorprendido, vio que había una persona sentada en un sillón.

CAPITULO IX

—¡Nellie! ¿Qué haces aquí? —exclamó.

Al verle, la muchacha se puso en pie.

—Dispensa, pero me siento muy nerviosa... No podía dormir... Esta casa no me gustó nunca, aunque es cierto que siempre estuve muy poco tiempo, pero ahora aún me gusta menos...

—Comprendo —sonrió él—. Quieres que te haga compañía durante un rato.

—Si no te importa... Además, creo que se me ha ocurrido una idea interesante.

—¿De veras? Yo he descubierto algo mejor... Perdón, mucho peor. Ya sé cómo murió Aníbal.

—¿Qué dices, Vic? —se sorprendió la muchacha.

—Ya lo has oído. Precisamente venía a buscar las herramientas. Creo también, que he descubierto el pasadizo secretó. O «un» pasadizo secreto.

—¿Dónde; por favor?

—En el dormitorio de Aníbal.

Shaddox cogió los alicates y el destornillador.

—¿Tienes miedo de acompañarme?

—Lo repartiré contigo —sonrió Nellie.

—Sí, a mí aún no se me ha pasado el susto... Ven, sígueme.

Salieron de la habitación y entraron en la de Cluthings. Nellie se estremeció al ver el cuerpo tapado por la sábana.

—No podemos seguir así más tiempo —murmuró.

—Mañana por la mañana estaremos libres —aseguró él.

Se acercó al armario y abrió la puerta. Luego agarró el brazo de la muchacha.

—Entra ahí... —le indicó cómo debía situarse—. No te muevas en absoluto, por favor. Toma la linterna y mantenía encendida. Voy a cerrar un solo segundo; no temas en absoluto.

Nellie obedeció. Shaddox cerró la puerta de golpe.

Inmediatamente, sonó un chillido de terror. Shaddox volvió a abrir. Nellie cayó en sus brazos.

—Vic, no vuelvas a darme un susto semejante en los días de tu vida —exclamó.

—Lo siento, pero en este caso, las explicaciones verbales no hubieran sido suficientes.

—¿Có... cómo lo has descubierto?

—Se me ocurrió que el fondo del armario podía ser la puerta que da a un pasadizo secreta Entré, para tantear— y alguien cerró de golpe, sin que pudiera verlo. Por fortuna, estaba en la posición que te he indicada con la espalda pegada a la pared lateral, y el puñal pasó rozando mi estómago.

—Entonces... Aníbal estaba de frente.

—No —corrigió Shaddox—. Pienso que tal vez sabía algo y que intentó buscar el pasadizo. Entró en el armario y quizá oyó a alguien que venía a su dormitorio a registrar su equipaje... o a lo que fuese. Si sucedió así. Cluthings quiso sorprenderlo y cerró la puerta, matándose a sí mismo.

Nellie asintió.

—Es una explicación muy lógica, pero a ti te cerraron la puerta intencionadamente —dijo.

—En efecto, aunque no pude verle la cara, dada la posición de la puerta del armario con respecto a la del dormitorio. Y ahora —sonrió el joven—, vamos a ver si encontramos el pasadizo.

Tanteó la madera con la mano izquierda y luego introdujo el destornillador en la parte donde hacía ángulo las dos paredes: la del fondo y la del lateral.

Hizo palanca. Se oyó un chasquido. La madera empezó a ceder.

Shaddox aumentó sus esfuerzos. Sonó un fuerte crujido. Dejando el destornillador, metió las dos manos y tiró hacia sí.

El panel de madera se despegó por completo. Shaddox redobló sus esfuerzos y consiguió arrancarlo por completo. Entonces, el puñal, con el mecanismo, quedó al descubierto.

Shaddox dejó la madera apoyada contra una de las paredes laterales, los mecanismos, apreció, eran muy antiguos, pero hablan sido revisados y engrasados recientemente. Un juego de palancas, conectado a la puerta exterior, hacia ir y venir al puñal, cuyo mango estaba sólidamente sujeto a una especie de empuñadura, provista de un muelle, que aumentaba terriblemente la potencia del artefacto, cuando era disparado por el cierre de la puerta. Sin pensárselo dos veces y con la ayuda de los alicates, consiguió arrancar el puñal.

Pero tras el descubrimiento, se llevó una decepción.

Al otro lado no había nada; sólo la pared, de mampostería, recia, maciza. Desanimado, se volvió hacia la muchacha.

—No hay pasadizo —exclamó.

* * *

Nellie se estremeció ligeramente.

—Vamos a la cocina —propuso—. Quiero tomar un poco de café.

—Muy bien, es una excelente idea.

Shaddox dejó el puñal sobre una consola. Bajaron a la planta. En la cocina, Nellie cogió la cafetera y llenó dos tazas.

—Te dije antes que se me había ocurrido algo interesante —recordó.

—Es cierto. Yo ya he hecho mi parte; ahora te toca a ti exponer tu solución.

—Probablemente, lo es, aunque sólo hasta cierto punto. Iba a acostarme, pensando en todo lo que ha pasado... Vic, esta es la segunda noche que paso

aquí... Nunca me había sucedido nada semejante; hay luz, pero... me parece que es una noche completamente negra.

—Sólo es una metáfora —sonrió él—. Anímate, mujer.

—Lo procuro —suspiró ella—. Bien, .tú hablaste de la cajita mágica, esa que emplean los prestidigitadores...

—Sí, es verdad. ¿Y bien?

—Hemos intentado hallar un pasadizo en la Cámara Negra. No está en el suelo ni en las paredes; cuando se golpea allí, no se percibe sonido a hueco.

—Conforme.

—Por tanto, si el pasadizo no está ni en el suelo ni en las paredes, ¿dónde puede estar?

Shaddox se puso rígido.

—¡Qué idiota! —mascullό—. Descubro la semejanza, concibo la idea... y luego no sé llevarla a la práctica. Claro, si no está en las paredes ni en el suelo, el pasadizo tiene que estar en el techo.

—Exacto —dijo Nellie triunfalmente.

—Un momento. —Shaddox levantó la mano—. Todavía no podemos cantar victoria, y perdona esta inicua frase.

—Es la adecuada —sonrió la muchacha—. Pero ¿cuál es la objeción?

—Si se accede por el pasadizo al techo, ¿hay espacio suficiente?

—Claro que sí...

—El techo de la Cámara Negra tiene que ser el suelo del primer piso, Nellie.

Ella se mordió los labios.

—Es verdad, no había reparado en el detalle —contestó.

—Pero hay un medio dé comprobarlo —aseguró él—. ¿Quieres aguardarme aquí unos momentos?

—No tardes, por favor.

—Descuida.

Shaddox corrió a su habitación. Iba con ropas de noche y, comprendiendo que era una indumentaria poco cómoda, se cambió rápidamente. Cinco minutos después, se reunía de nuevo con la muchacha.

—Ven —dijo, agarrándola de la mano.

Los dos llegaron a la Cámara Negra y levantaron instintivamente la vista al techo. Shaddox estaba provisto de una cinta métrica, de metal flexible, y midió la distancia que había del techo al suelo.

—Tres metros, treinta centímetros —dijo—. Salgamos fuera.

La distancia en el exterior, desde el suelo del vestíbulo al del corredor del primer piso, era de cuatro metros y noventa y cinco centímetros.

—Por tanto, hay una distancia de ciento sesenta y cinco centímetros —calculó.

—Suficiente para que una persona no muy alta pueda mantenerse en pie —dijo Nellie.

—No tanto, porque tienes que contar el grueso del suelo y el techo del

pasadizo, que en ningún caso serán inferiores a los veinte centímetros. Por tanto, queda algo menos de metro y medio... pero es suficiente para moverse en su interior sin excesivas dificultades.

—Suponiendo que encontremos la entrada, Vic.

—Encontraste la idea y ello nos permitirá dar con esa entrada. Espera.

Shaddox agarró una silla y la llevó al interior de la Cámara Negra. Poniéndose en pie sobre la silla, empezó a explorar el techo, ayudándose con la linterna. De pronto, sonrió.

—¿Nellie?

—Sí, Vic.

Shaddox estaba situado casi en el centro. Levantó la mano, que apoyó en el techo, y empujó hacia arriba. Un cuadrado, de casi un metro de lado, giró silenciosamente, dejando a la vista un hueco absolutamente negro.

—Aquí está la solución a las desapariciones —exclamó.

—Había alguien en el pasadizo, pero ¿quién?

—Esto es secundario por el momento. Lo importante es que hemos encontrado ese pasadizo secreto. Y ahora sé cómo murió Belle Sharpless.

—Desearía ignorarlo..., pero tengo que saberlo, Vic. ¿Cómo murió?

—Es bien sencillo. Belle vio que se abría la trampilla, gritó... y casi en seguida, alguien le echó un lazo al cuello y tiró hacia arriba. Cuando llegó al pasadizo, ya estaba muerta, ahorcada.

Nellie se estremeció.

—Horrible —musitó.

De pronto, sintió pánico. Shaddox se había asido con ambas manos al borde de la trampilla y se izaba a pulso. Segundos después, había desaparecido de su vista.

—Vic, no me dejes sola —clamó.

El rostro del joven asomó sonriendo por el hueco.

—Vamos, no temas —dijo—. Trepa a la silla; yo te subiré hasta aquí. Es decir, si lo deseas...

—Prefiero acompañarte. Creo que me sentiré ahí más segura que en la Cámara Negra.

Nellie se subió a la silla y estiró los brazos. Inmediatamente, se sintió asida por las muñecas y elevada en el aire como si fuese una pluma. Al sentarse en el borde de la trampilla, aunque todavía con las piernas colgando fuera, lanzó un hondo suspiro.

—Eres fuerte, Vic —comentó.

—Hago deporte. A veces, me paso muchas horas sentado y no me gusta que mis músculos se atrofien.

Shaddox había encendido la linterna. Su resplandor permitió a la muchacha divisar un largo y angosto túnel, cuyo final se perdía en la oscuridad. Pero tenía las dimensiones calculadas por Shaddox.

—¿Hemos de seguir? —consultó.

—Creo que es lo más conveniente; así sabremos dónde termina el

pasadizo.

Nellie puso los pies en el suelo. Shaddox, encorvado, con las rodillas flexionadas, caminaba ya delante de ella.

—Alguien ha estado aquí no hace mucho y en más de una ocasión —dijo el joven—. Apenas hay olor a humedad, lo que significa que el túnel se ha ventilado.

—Y alguien se ha movido por él.

—No hay duda, Nellie.

Shaddox continuó el avance. De pronto, tropezó con una pequeña escalera de tres peldaños. Subió, continuó un poco más y se detuvo al tropezar con un obstáculo que le cerraba el paso.

—Fin del túnel —dijo.

Nellie se acercó.

—Parece madera —murmuró.

Shaddox le entregó la linterna.

—Alúmbrame —dijo—. Necesito tener las manos libres:

Empezó a tantear la pared que señalaba el final del pasadizo. De pronto, creyó encontrar un saliente.

Presionó. Algo chasqueó y la pared giró a un lado. Nellie, alargó la mano para alumbrar mejor con la linterna.

—Eso parece...

Shaddox había saltado al suelo. Nellie le siguió y, resuelta, caminó unos cuantos pasos, hasta la puerta de la estancia a la que habían llegado. Buscó el interruptor y las luces se encendieron en el acto.

—El dormitorio de sir Roderick —anunció.

Shaddox paseó la vista por la estancia, la más amplia de las que había visto hasta entonces. El lecho, con dosel sostenido por cuatro columnas, era enorme. Había una chimenea, un gran diván y un par de butacones de orejeras. También divisó un antiguo escritorio de persiana, con su silla correspondiente.

Atraído por la curiosidad, se acercó al escritorio y levantó la persiana. Sobre la carpeta que había allí, divisó una cuartilla, arrancada apresuradamente del «bloc» que había a un lado.

En la cuartilla, alguien había escrito precipitadamente unas líneas:

«Buscar en la lámpara...»

—¿Qué significa esto? —murmuró.

Nellie miró por encima de su hombro.

—Yo diría que es letra de mi abuelo —manifestó.

—¿Sabrías reconocerla?

—Creo que sí. La última vez que estuve a verle, se mostró muy generoso y me dio un cheque de mil libras, que escribió personalmente..

Shaddox guardó la cuartilla en uno de sus bolsillos.

—Habrá que ver qué lámpara se trata. —Dijo— ¡Y hay tantas!

—Buscaremos en todas. Sin duda, quiso dejar una pista, pero no tuvo

tiempo. Algo le interrumpió, Vic.

—«Alguien» es la palabra adecuada —corrigió él.

De pronto, notó algo extraño en la habitación. Nellie se dio cuenta del cambio de expresión y le miró intrigada. Shaddox permaneció unos momentos inmóvil. Había un sillón situado en una posición que no parecía la correcta, colocado frente a una de las ventanas. Poco a poco, avanzó unos pasos, dio la vuelta y se estremeció.

—Ya lo hemos encontrado —dijo—. No .te acerques, Nellie.

La muchacha se estremeció.

—¿Awes? —adivinó.

—Sí —confirmó Shaddox—. Todavía tiene la cuerda en torno al cuello.

CAPITULO X

Nellie inspiró profundamente.

—Entonces... ha muerto, lo mismo que Belle —dijo al fin, no sin hacer un gran esfuerzo.

—Sí. Y ahora que caigo, no vimos los impactos de las balas en las paredes de la Cámara Negra. Disparó hacia arriba...

—Pero no hizo blanco.

—Ya no podía tener puntería. El asesino había arrojado su lazo.

Nellie se volvió.

—Es horrible, horrible —musitó—. Hay un asesino suelto en la casa, no sabemos quién es..., ni podemos salir de aquí.

—Lo último que has dicho es incierto. Podremos salir de la casa, aunque esperaremos a que se haga de día.

—Conectarás el mando de apertura de la puerta, ¿verdad?

—Desde luego.

—Vic, creo que los otros deberían saberlo —propuso Nellie.

—Estoy conforme. Vamos.

Mientras salían, Shaddox recordó una cosa.

—Aquella dama, la que se encerró en la Cámara Negra, para dejarse morir de hambre y de sed, debió de ser más lista de lo que todos imaginaban —comentó.

—¿Por qué dices eso?

—Bien, su cuerpo desapareció y no fue hallado jamás. Ella se encerró a causa de un amor frustrado...

—Pero estaba casada, Vic.

—Bueno, bueno, seguramente, había sido un matrimonio de conveniencia. Ella debía de conocer el pasadizo y se lo comunicó a su amante, quien, en una fecha acordada y no muy lejana del momento en que se encerró, lógicamente, fue a buscarla. Luego, los dos se marcharon muy lejos y nadie volvió a saber de ellos ni, probablemente, les importó tampoco.

—Visto de ese modo, el enigma tiene su explicación —sonrió Nellie—. Pero ahora se trata de algo mucho más serio. No es la fuga de una mujer enamorada; estamos ame un asesino que no vacila en cometer los más espantosos crímenes por... ¿Por qué, Vic?

—Piensa en la herencia de tu abuelo y tendrás la respuesta —dijo el joven.

Ya habían llegado ante la puerta del dormitorio de Flora. Shaddox tocó con los nudillos.

—Abre, Flora; queremos hablar contigo —dijo, con la boca pegada a la madera.

Flora no contestó. Nellie empezó a sentir miedo.

—Abre, Vic —indicó, con voz llena de aprensiones.

Shaddox hizo girar el pestillo. Empujó la puerta y alargó el cuello. La luz

estaba encendida, pero el lecho se veía vacío.

—¡No está! —dijo, atónito.

Nellie e echó a temblar.

—La habrán asesinado... como a los otros...

Shaddox se separó rápidamente de la muchacha y corrió al dormitorio de Scrooge, cuya puerta abrió sin molestarse en llamar. Un intenso olor, muy peculiar, asaltó de inmediato su pituitaria.

Scrooge yacía en el lecho, completamente vestido, emitiendo sonoros ronquidos. Una mano caía fuera de la cama y sus dedos rozaban la botella vacía, que estaba en el suelo, sobre la alfombra.

—Se ha emborrachado —dijo.

—Tal vez estimó que era la mejor forma de matar el miedo —apuntó la muchacha.

—El miedo no se mata, huyendo de sus causas, sino afrontándolas —dijo Shaddox sentenciosamente—. Pero cada cual piensa según su carácter.

La mano de Nellie se crispó de pronto sobre su brazo.

—Scrooge está vivo —murmuró— ¿Podemos decir lo mismo de Flora?

Shaddox guardó silencio. Empezaba a sentir las más vivas aprensiones sobre la suerte que había podido correr Flora Hicks.

* * *

De pronto, Shaddox se volvió hacia la puerta.

—Será mejor que hablemos con Jonathan —exclamó.

Nellie se pegó al joven, llena de aprensiones.

—No sé acabará nunca esta noche —murmuró.

Shaddox se encaminó hacia la escalera. En pocos momentos, llegaron a la planta baja. El joven empezaba ya a sentirse harto de todo lo que sucedía en aquel tétrico caserón. Pero pensó que le convenía mantener la serenidad y no dejarse llevar por impulsos que no podían proporcionarle ningún beneficio. Al llegar a la parte donde estaban las habitaciones de la servidumbre, abrió la puerta y encendió la luz.

Laura, el ama de llaves, estaba en su cama, completamente inmóvil.

—Otro cadáver —se aterró Nellie,

Shaddox se acercó al lecho. El ama de llaves respiraba regularmente. La sacudió por un hombro, pero Laura no dio señales de despertarse: Shaddox alzó uñó de sus párpados.

—Ha tomado un sedante —adivinó.

—Otra que quiere huir de la realidad —dijo la muchacha.

—Sí —murmuró él—. Bien, vamos a ver qué ha sido de Jonathan.

Momentos después, abría la puerta de la habitación contigua. En el mismo instante, sonó un chillido de espanto.

Shaddox volvió a cerrar y sonrió.

—Bueno, por lo menos, ya sabemos, que Flora está viva —dijo.

Nellie tenía las mejillas encamadas.

—Tanto presumir... y se comporta como..., como...

—Me pregunto qué tendrá Jonathan —dijo Shaddox—. No cabe la menor duda; es un hombre con grandes atractivos para las mujeres.

Nellie dio media vuelta, pero Shaddox alargó el brazo y la retuvo enérgicamente.

—No eludas tú también enfrentarte con la realidad —dijo.

—Me siento furiosa... Awes ha muerto y ella está ahí... refocilándose con ese miserable mayordomo...

La puerta se abrió de pronto. Flora apareció en el umbral, anudándose el cordón de la bata.

—Hablabais de mí, supongo —dijo desafiadora.

—Nada de eso —contestó Shaddox—. Hablábamos de la noche tan excelente que hace, de la luna, que brilla en todo su resplandor, , de las palmeras movidas por la suave y perfumada brisa... ¿No es cierto, Nellie?

—Sí, y también nos sentíamos entusiasmados por los cánticos de las nativas hawaianas y su arte en el «hula-hula» —dijo Nellie, con no menos sarcasmo que él joven.

—No estoy para bromas —dijo Flora ásperamente—. Puede que lo que haga no nos guste, pero soy libre y no tengo que dar cuenta á nadie de mis actos.

—No seremos nosotros los que pidamos esas cuentas —contestó Shaddox —. Pero quizá te interese saber que hemos encontrado a Awes.

—¿Qué dice? ¿Cómo salió de la cámara?

—No dice nada, Flora —intervino Nellie—. Don está muerto.

Flora abrió la boca estúpidamente. Jonathan apareció en aquel instante.

—¿Puedo serle útil en algo, señor? —dijo cortésmente.

Shaddox le miró con frialdad

—Usted está a punto de ser despedido, ¿no es cierto?

—Sí, señor; en cuanto la entidad de beneficencia se posesione de Farnstoke Tower, yo me iré de aquí...

—Se comprende su desinterés por lo que está ocurriendo aquí —contestó Shaddox con glacial acento—. Jonathan, lamento la interrupción. Puede continuar.

—Gracias, señor... —El mayordomo se cortó de pronto y hubo en sus ojos un destello de furia—. A veces, las cosas surgen por sí solas —añadió.

—Eso dígaselo a la señora Hicks. ¿Vamos, Nellie?

—Sí, Vic.

Detrás de ellos, Flora dijo:

—Tendré que tomar un sedante; ya no voy a poder dormir en lo que resta de noche.

Shaddox se había alejado unos pasos, junto con Nellie y, al oír aquellas palabras, pareció como si una luz de alarma se encendiera en su cerebro. Súbitamente, se desvió a un lado y abrió la puerta del dormitorio de Laura.

El ama de llaves continuaba en la misma postura. Shaddox corrió hacia la mesilla de noche y cogió algo con dos dedos.

—Lo vi antes, pero no supe captar el dato —dijo—. Mira, Nellie; el tubo de sedante está vacío.

Nellie miró hacia la inmóvil mujer, en cuyo rostro había una terrible palidez, y lanzó un grito de espanto.

—¡Vic, se muere!

Shaddox reaccionó rápidamente. Tomó la muñeca de Laura y buscó su pulso, que notó ya muy débil, aunque relativamente sostenido.

—Aún podemos salvarla —exclamó—. Nellie, ve a la cocina y busca vinagre, rápido.

Shaddox agarró a la mujer y la hizo girar, para dejarla boca abajo, con la cabeza fuera del lecho. Luego, sin la menor consideración, le metió dos dedos en la garganta.

Laura se convulsionó fuertemente. Todo su cuerpo fue sacudido con violencia. Pero Shaddox consiguió lo que deseaba: la boca del ama de llaves emitió un chorro de líquido denso, blancuzco, de inconfundible procedencia.

Nellie volvió en seguida. Shaddox agarró a Laura por la cintura, la izó y abrió su boca, para que Laura le hiciera beber un gran trago de vinagre.

El ama de llaves volvió a vomitar:

—Café, Nellie —ordenó el joven.

Laura continuaba inconsciente, aunque abrió los ojos en un par de ocasiones. Pasando su brazo por encima del hombro, Shaddox se puso en pie y empezó a pasearse por la habitación, sujetándola también por la cintura.

—Vamos, Laura, despierte, despierte...

Durante unos momentos, Laura continuó en la misma situación. De pronto, se quejó débilmente.

—Ya reacciona —dijo Shaddox satisfecho, en el momento en que entraba Nellie con la cafetera y un vaso—. Procura que beba mucho café —indicó.

—Descuida, Vic.

Laura fue obligada a beber el contenido de la cafetera. Lentamente, empezó a volver a la vida. Pero aún estaba muy lejos de recobrar la consciencia por completo.

—No comprendo cómo ha podido intentar el suicidio —dijo Nellie, pasados unos minutos.

—¿Ha sido realmente una tentativa de suicidio?

Nellie se puso rígida.

—¿Quieres decir que.... que lo que realmente ha pasado es que querían asesinarla?

Shaddox volvió los ojos hacia la puerta.

—Muchacha, tengo la impresión de que nadie, en esta casa, muere de enfermedad —contestó.

—Entonces, ¿cómo le hicieron ingerir todo el contenido del tubo de sedantes?

El joven se acercó a la mesilla y tomó el vaso que estaba allí y en el que aún quedaban unas gotas de líquido blanco. Vertió un poco en la palma de su mano y probó la muestra con la punta de la lengua.

—Es leche —dijo—. Muy azucarada, lo cual oculta por completo el posible sabor amargo de las tabletas de narcótico. Tengo la impresión de que alguien preparó la leche, seguramente, porque Laura tiene la costumbre de tomar un vaso al acostarse. Disolvió el sedante y luego, cuando ya estaba dormida, vino y dejó el tubo encima de la mesilla, a fin de dar la sensación de un suicidio.

—Es una hipótesis muy razonable, pero ¿por qué?

—Para mí no hay más que una respuesta: Laura descubrió algo muy importante y alguien no quiso que lo divulgara. O, más probablemente, no quiso correr el riesgo de que pudiera divulgarlo algún día, lo que, en principio, significaba que, tras su descubrimiento y anunciárselo a quien sea, prefirió callar por el momento. Pero él, o los interesados, decidieron que no podían correr riesgos y prepararon la comedia del supuesto suicidio.

—¿Se te ocurre algún nombre, Vic?

Shaddox levantó la vista al techo.

—Hemos visto a Scrooge embriagado, pero ¿es auténtica su borrachera?

—¿El? —dudó la muchacha.

—Jonathan y Flora estaban muy entretenidos. Y nosotros también, pero de un modo completamente distinto.

—Entonces, crees que Scrooge...

—Para mí, es el único que pudo hacerlo, aunque, por ahora, desconozco los motivos.

Laura suspiró en aquel momento. Nellie volvió la vista.

—Parece que vuelve a la vida. Deberíamos interrogarla...

—No. En estos momentos, no está aún completamente consciente. Necesita dormir unas cuantas horas. Hablaremos con ella cuando sea de día, aunque cerraremos con llave la puerta del dormitorio, para evitar una posible segunda intentona de asesinato.

—¿Piensas estar despierto hasta que se haga de día, Vic?

—Te seré sincero: tengo miedo a quedarme dormido.

Nellie asintió.

—Yo también —dijo—. Me temo que ésta va a ser la noche más larga de mi vida. Una noche muy negra...

—Pero el nuevo día llegará inevitablemente —aseguró Shaddox.

CAPITULO XI

Estaban sentados en el vestíbulo, silenciosos, dejando pasar las horas en la quietud de la noche. Fuera continuaba el ruido manso de la lluvia que no dejaba de caer.

Flora apareció súbitamente y se detuvo a pocos pasos de la pareja. Nellie, adormilada en el sillón, oyó el ruido de sus tacones y se irguió.

—Tengo que deciros algo —manifestó Flora, muy confusa.

—No necesitas damos explicaciones —respondió Shaddox—. Eres muy libre de hacer lo que quieras.

—Me pareció conveniente sonsacar a Jonathan. A fin de cuentas, lleva tiempo en la casa. Pero no encontraba otro medio...,

—Repito que no debes disculparte, Flora.

Nellie extendió una mano.

—Espera, Vic —dijo—. Quizá la hayamos juzgado prematuramente. Flora, ¿qué te ha dicho Jonathan?

La rubia movió ligeramente el índice de la mano derecha.

—Piensa que es Scrooge —contestó.

—¿Tiene alguna prueba?

—De momento, es sólo una opinión. Pero Jonathan dice que era el más necesitado de todos los sobrinos.

—Y eso lo señala como culpable, a sus ojos.

—Para quedarse con la parte de los demás, naturalmente. Jordan ha perdido la suya, al no haberse presentado.

—Por tanto —intervino Shaddox—, a Scrooge le corresponderían cuatrocientas mil libras, además de las cien mil suyas.

—Exacto, porque habría que incluir la parte de Belle.

—No es mal motivo —sonrió Shaddox—. Nos dirás algo a la Hora del desayuno, espero.

—Confío en haber averiguado más cosas. —Flora forzó una sonrisa—.Voy a despertar a Scrooge. Supongo que ya se le habrá pasado la borrachera.

Shaddox respingó.

—¿Cómo sabes que está borracho? —preguntó.

—Le vi agarrar una botella. Dijo que la iba a vaciar... hablaba en serio.

—Échale un cubo de agua —dijo Nellie, sarcástica.

Flora emitió un bufido y se encaminó hacia la escalera. Shaddox apoyó el codo, derecho en el brazo del sillón, en actitud pensativa. De pronto, sintió ganas de fumar y metió la mano en un bolsillo. Sus dedos tocaron un papel, qué sacó de inmediato.

—Nellie, ¿lo recuerdas?

La muchacha hizo un gesto afirmativo.

—Es la nota que dejó mi abuelo...

—Las cosas que han pasado nos la han hecho olvidar. Pero ahora vamos a

buscar en la lámpara.

—¿Cuál de ellas? Hay tantas en la casa, Vic...

—Tu abuelo sólo podía referirse a una en particular. Ven, por favor.

Shaddox se puso en pie y caminó hacia el despacho del difunto sir Roderick. Nellie comprendió en el acto y le siguió sin vacilar.

Momentos más tarde, desmontaba la lámpara. El sistema de megafonía, pequeño, pero muy perfeccionado, quedó al descubierto.

—Esto no es todo —dijo—. Tiene que haber algo más, Nellie.

Shaddox abrió el cajón de aquel lado y tanteó el interior con la mano. De pronto dio un tirón y sacó algo a la superficie.

—¡Una grabadora! —exclamó la muchacha.

—Exactamente —sonrió Shaddox—. Tu abuelo podía grabar así las conversaciones que le interesaba. El micrófono estaba conectado, no sólo a la biblioteca, sino también a esta grabadora, en la que, como puedes apreciar, hay una cinta todavía.

—Vamos a escucharla, Vic. Estoy ansiosa por saber lo que oyó mi abuelo.

Shaddox rebobinó la cinta primero y luego presionó el botón de reproducción. A los pocos segundos, sonó la voz de Awes.

Scrooge le contestó. Cluthings intervino a continuación. Un cuarto individuo habló seguidamente.

—Es Nick Jordan —adivinó la muchacha.

—El único heredero que no ha aparecido —murmuró Shaddox.

Nellie levantó la mano, para imponerle silencio. La voz de Jordan resonó con toda claridad:

—El único que puede hacerlo soy yo. Pero bajo una condición. Cada uno de vosotros me entregará el quince por ciento de su parte.

—Demasiado dinero —se quejó Awes.

—Te evito quebraderos de cabeza y cargo con toda la responsabilidad —exclamó Jordan—. Dentro de nada, puedes ser dueño de una importante suma de dinero. O continuar con tu vida miserable...

—Está bien, está bien —terció Awes—. Estamos de acuerdo, pero, ¿seguro qué sabrás hacerlo?

La risa burlona de Jordan se oyó con toda claridad.

—Conozco los más íntimos recovecos de Farnstoke Tower y sé cómo llegar a la habitación del viejo sin que nadie me vea. Pero recordad una cosa: no me gustan las traiciones Hemos acordado una cifra... y respetaréis el trato. Porque vale más perder quince mil libras que no la cifra total. Creo que eso está claro, ¿verdad?

—De acuerdo —dijo Awes.

—Contesta, Aníbal.

—Acepto.

—Y tú, Durhan.

—Conforme. Pero me gustaría hacerte una pregunta —dijo el último.

—Claro. Adelante, hombre.

—¿Qué pasaría si luego nos negásemos...?

Jordan rió burlonamente.

—Os he hecho hablar a los tres. Estáis al corriente de mis intenciones y aceptáis la decisión que hemos tomado. Eso os convierte en cómplices.

—No podrías demostrarlo...

—He grabado la conversación. Y tengo una pistola, por si a alguno le entra la tentación de quitarme le cinta grabada. Seamos leales, muchachos, y cobraremos mucho dinero...

El magnetófono dejó de emitir sonidos. Shaddox y la' muchacha cambiaron una mirada.

—Ahora ya sabemos que lo hizo Jordan —dijo él—. Pero, ¿dónde está? ¿Por qué no ha venido?

Nellie se estremeció.

—¿Estás seguro de que no ha venido a Farnstoke Tower? Dijo que conocía perfectamente los menores recovecos de la casa. ¿Y si está escondido en alguna parte?

* * *

Después de las palabras de Nellie, se produjo un hondo silencio. Aprensivo, Shaddox miró a su alrededor.

—Tu abuelo oyó esta grabación, parece indudable. ¿Por qué no hizo nada para defenderse? Sólo dejó una nota incompleta en su escritorio, pero podía haber intentado hacer algo para salvar la vida, me parece.

—No sé, no se me ocurre ninguna explicación. Lo único que puedo decirte es que tengo mucho miedo —respondió la muchacha.

—No eres tú sola —dijo él. Agarró la grabadora y echó a andar hacia la puerta—. Vamos a ver qué dice Scrooge. Si lo niega, le refrescaremos la memoria con esta cinta.

—Tal vez Flora ha conseguido despertarle —recordó Nellie.

Subieron al primer piso. Shaddox abrió la puerta del dormitorio sin más ceremonias. La cama aparecía vacía.

—Scrooge no está —dijo.

—¿Adónde habrá podido marcharse?

Shaddox ocultó una sonrisa.

—Tal vez de visita en el dormitorio de Flora. Iremos allí.

Flora se sentó bruscamente en la cama, al oír el ruido de la puerta, y se cubrió el pecho con las sábanas.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Por qué habéis venido?

—Buscamos a Scrooge —contestó el joven— Dijiste que ibas a despertarlo...

—Es cierto. Conseguí despertarlo, pero estaba todavía muy borracho y no pude sacarle nada. Vosotros podéis terminar de despejarle.

—No está en su dormitorio.

—¿Que no...? —Dijo Flora, atónita—, ¿seguro, Vic?

—No son momentos para bromas. Nellie, trataremos de encontrarle.

—De acuerdo, Vic.

—Dispénsanos, Flora. Sigue durmiendo.

—Eso quisiera —se quejó la rubia.

Shaddox cerró la puerta.

—Miraremos primero en la habitación de tu abuelo —dijo.

Nellie asintió. Pero Scrooge no estaba en aquel dormitorio.

—¿Adónde diablos habrá podido ir? —masculló.

Shaddox, incluso, abrió la puerta del pasadizo secreto, pero no había señales de que nadie hubiera pasado por allí después de ellos. Conturbado, cerró de nuevo y, durante unos momentos, permaneció indeciso.

—No tenemos otro remedio que seguir buscando —dijo al cabo.

—Cuando todo esto termine, pienso ir a una clínica para hacer una cura de nervios —manifestó Nellie—. Si salgo de aquí con vida, claro.

—Hasta ahora, el asesino no ha mostrado intenciones de atacarnos. Bueno, eso no es exacto; a mi intentó matarme... Pero creo que estás segura.

—Yo no me siento tan optimista, Vic. Este silencio me deprime horriblemente. —Nellie sintió que un fuerte escalofrío recoma toda su espalda —. En cualquier momento, uní hombre, escondido Dios sabe dónde, puede atacarnos inopinadamente y...

Sin poder contenerse, se agarró al brazo del joven, cosa que le tranquilizó un tanto. Shaddox llegaba ya ante la puerta del dormitorio en que se hallaba el cadáver de Cluthings.

—Aquí tampoco hay rastro de Scrooge —dijo. Fue al baño, lo examinó atentamente y volvió a salir— ¿Dónde diablos se ha metido ese hombre?

Nellie tenía los ojos en el armario fatídico. Shaddox creyó; comprender sus pensamientos y fue hacia allí. Abrió la puerta de golpe y tuvo que elevar las manos para parar el golpe del cuerpo que le caía encima.

Scrooge quedó tendido en el suelo. Shaddox divisó de inmediato la mancha roja que había en el centro de su pecho.

—No es posible —dijo—. Yo quité el cuchillo...

De pronto, los nervios de Nellie cedieron y se desplomó al suelo sin conocimiento. Shaddox corrió hacia ella, la levantó en brazos y la condujo a su dormitorio, en donde procuró reanimarla, con unas gotas de agua, del vaso que trajo del cuarto de baño.

Nellie abrió al fin los ojos. Miró al joven con expresión suplicante.

—Vic, tenemos que marchamos de aquí. Cuanto antes, por favor...

—Imposible hasta que sea de día. —Shaddox consultó su reloj—. Son más de las cuatro de la mañana. Dentro de unas tres horas, tendré la suficiente luz para poder trabajar sin: complicaciones.

—No sé qué me ha sucedido...

—Te has desmayado, simplemente, cosa de la que no debes avergonzarte. Ahora iré a la cocina y traeré café.

Nellie alargó el brazo vivamente.

—No, por favor, no me dejes sola —exclamó.

Shaddox palmeó afectuosamente las manos de la muchacha.

—Está bien, me quedaré contigo —accedió—. Pero esto ya no puede durar mucho. Hoy mismo .vendrá quien puede poner fin a esta cadena de crímenes. Abriré la puerta y viajaré hasta Glengharvan, para avisar a la policía, te lo aseguro.

Nellie pareció tranquilizarse; Al cabo de unos momentos. Shaddox se puso en pie y caminó hasta la ventana. Apoyó la frente en el cristal, tratando dé taladrar la noche con la mirada.

La frialdad del vidrio pareció calmarle un tanto. Había cesado de caer agua y ya no se percibía el monótono y exasperante sonido de la lluvia.

En alguna parte, pensó, había un hombre escondido. Ya no le cabía duda que era Nick Jordan. Pese a sus promesas, el sujeto había acabado por traicionar a sus compañeros de herencia. ¿Por qué? ¿Sólo por el beneficio de recibir su parte?

Parecía un plan absurdo. Era Jordan de quien primero sospecharía la policía. Los cadáveres no se podían ocultar eternamente. Y a menos que matase también a los supervivientes, no podría abandonar la casa tan fácilmente.

Pero más que el motivo de aquellos crímenes, le preocupaba el escondite del asesino. ¿Dónde estaba?

CAPITULO XII

El tiempo transcurrió con lentitud. Sorprendentemente, Nellie acabó por dominarse. Shaddox supuso que era la reacción consiguiente al cúmulo de emociones sufridas en poco más de dos días. Encendió un cigarrillo y se sentó en una butaca.

Al cabo de un rato, viendo que Nellie continuaba dormida, decidió hacer una prueba por sí mismo. Salió del dormitorio y se dirigió al de sir Roderick, en donde hurgó en el escritorio. Uno de los cajones, se veía claramente, había sido forzado y, con toda seguridad, vaciado de su contenido. Pero había algo que chispeaba en el fondo y, al cogerlo, vio que era el fragmento de una pendiente. Entonces recordó lo que alguien había dicho sobre la «pasta» y las joyas que sir Roderick guardaba siempre en la casa.

Reflexionó durante unos segundos. Cuando estuvieron en la ocasión anterior, el escritorio ofrecía un aspecto normal. La rotura del cierre del cajón había sido posterior. ¿Era la señal de que el asesino se disponía a abandonar Farnstoke Tower?

De repente, oyó ruido oí la puerta. Al volver la cabeza, vio que estaba cerrada. Corrió hacia allí, pero llegó tarde; alguien había dado dos vueltas a la llave, cortándole la salida.

Su primer impulso fue golpear la puerta con los puños, pero se contuvo. Los paneles de madera eran muy recios; haría ruido, pero nada más. No conseguiría forzar la puerta.

Pero tenía una solución. Giró sobre sus talones y se encaminó hacia el pasadizo secreto, en el qué entró sin vacilar.

No llevaba consigo la linterna, aunque se dispuso a utilizar los fósforos que tenía en el bolsillo.

Avanzó unos pasos. De pronto, tropezó con algo blando.

La llama del fósforo iluminó el rostro lívido de Scrooge. Un poco más allá, estaban los cuerpos de las restantes víctimas.

Alguien había llevado allí los cadáveres, mientras descansaba en el dormitorio de Nellie. Sonrió para sí, a pesar de lo crítico de la situación. El asesino ignoraba que él conocía la forma de salir de aquel siniestro lugar.

Continuó avanzando. Al llegar al punto donde estaba la trampilla, oyó ruido.

Inmediatamente, apagó el fósforo. Alguien rió burlonamente:

—No te preocupes, hermosa; aquí estarás bien. Te divertirás mucho, puedes creerme.

Shaddox guardó absoluto silencio. Sin duda, el asesino había capturado a la muchacha, conduciéndola al pasadizo secreto. Era preciso evitar que se diera cuenta de su presencia en el túnel.

—Adiós, preciosa, hasta siempre —se despidió el asesino.

Sonó un chasquido. Shaddox comprendió que se había cerrado la puerta

secreta, que podía confundirse sin dificultad con uno de los paneles que decoraban los muros del dormitorio. Encendió otro fósforo y corrió hacia el extremo opuesto del pasadizo, en donde encontró a una mujer atada de pies y manos y con una mordaza en la boca.

Enormemente sorprendido, reconoció al ama de llaves.

—Usted...

Pero reaccionó en seguida y, aunque en tinieblas, procedió a quitarle la mordaza.

—No hable, no grite —aconsejó—. La situación no es tan mala como piensa.

—Vamos a morir aquí, abandonados... —sollozó Laura.

—Hay una salida, no se preocupe.

Shaddox terminó de desatar al ama de llaves.

—¿Puede caminar? —preguntó.

—Lo intentaré...

—En todo caso, cuélguese de mi brazo. Siga exactamente mis pasos. Y, por favor, no grite; hay cuatro cadáveres en este pasadizo.

Laura emitió un gemido.

—El, ha sido él...

—¿Jordan? .

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

Shaddox lanzó una risita amarga. Encendió un fósforo y, sujetando a Laura por un brazo, emprendió el camino que conducía a la Cámara Negra.

—No podía ser otro que él —dijo—. ¿Dónde ha estado hasta ahora?

—¿Escondido? ¿Quién le ha dicho tal osa? ¡Ha estado bien visible todo el tiempo; sólo que nosotros no hemos sabido verlo, hasta que fue demasiado tarde!

Shaddox oyó aquella sorprendente respuesta y, en un segundo, lo comprendió todo.

* * *

Ya estaban junto a la trampilla. Shaddox apagó el fósforo y se puso de rodillas para abrirla.

—Yo bajaré primero —dijo—. Usted se descolgará después.

—Está bien.

En aquel instante, se oyó la voz de Nellie:

—¡Vic, Vic! ¿Estáis ahí?

El joven se volvió. Provista de una linterna, Nellie corría hacia la salida.

—Dios mío, los cadáveres... Alguien los ha traído aquí, al pasadizo —jadeó.

—Cálmate —aconsejó Shaddox—. El asesino se dispone a huir. Y ya sabemos quién es.

—Vic... Pero ¿qué hace aquí la señora Crippen?

—No hay tiempo para explicaciones. Alumbra, por favor. Nellie obedeció. Shaddox pudo actuar así con más comodidad. Momentos más tarde, estaban los tres en el suelo de la Cámara Negra;

—Me desperté sobresaltada y vi que no estabas —dijo la muchacha—. Se me ocurrió que podías haber venido aquí y...

Shaddox levantó la mano. Al otro lado de la puerta, se oían voces coléricas.

—¿Por qué no me dijiste que él estaba en el dormitorio del viejo? —gritó el asesino.

—Yo no podía imaginarme... —se defendió Flora—. Seguramente, se escondió en el baño cuando te vio llevar al ama de llaves y no te diste cuenta.

—Sí, puede que tengas razón, Flora. De todos modos, ya no podemos entretenemos más; se está haciendo de día y es hora de que nos larguemos.

—¿Encontraste el botín?

—Claro. Casi cien mil libras en billetes y las joyas, que valen cinco veces más. Es suficiente para vivir sin apuros el resto de la vida, ¿no te parece?

—El viejo desconfiaba de los bancos, ¿eh?

—No. Creo que quería hacerle un regalo a su nieta. Parece que se iba ablandando ya, después de tantos años de no relacionarse con la familia... Pero eso es ahora lo de menos. ¿Sabes?, Laura se dio cuenta por fin de la superchería.

—¿Cómo lo adivinó?

—Oh... Yo soy un poco «distinto» del auténtico Jonathan. Pero, no obstante, tardó en advertir la diferencia.

—Ellos la salvaron, Nick.

—Lo sé, pero Laura quedará encerrada ya para siempre en el pasadizo. ¡Nadie la encontrará jamás, te lo aseguro!

—Bien, ¿a qué esperamos? —exclamó Flora, impaciente—. Debemos marchamos ya...

—Escucha. Ve a la biblioteca y. detrás del cuarto volumen de la Enciclopedia Británica, encontrarás otro mando de apertura de la puerta. Lo preparé yo, ¿sabes?

—Eres un tipo astuto —rió Flora—. ¿Y bien?

—Mientras abres, yo pondré en marcha mi automóvil. Luego reúnete conmigo en la entrada.

—De acuerdo.

Shaddox esperó unos segundos y luego se acercó a la puerta, que abrió cautelosamente. El vestíbulo aparecía desierto.

Agitó la mano. Las dos mujeres se le acercaron.

—De modo que Nick Jordan, aprovechando sus facultades para disfrazarse, ocupó el puesto del mayordomo —dijo.

—Así es, señor Shaddox —confirmó el ama de llaves— Lo que no sé es qué habrá sido del pobre Jonathan. Fue a Londres, para recibir instrucciones del señor Hymmington y eso es todo lo que sé de él.

Shaddox abandonó la Cámara Negra. Lentamente, se acercó a la biblioteca.

Miró a través de la puerta entreabierta y divisó a Flora buscando en la estantería señalada por el asesino.

La joven encontró al fin el interruptor y lo movió en el sentido de apertura. Luego se separó y se dispuso a salir. Pero entonces, a través de la ventana más próxima, divisó algo que le hizo lanzar un aullido de cólera.

—¡Maldito bastardo! ¡Quieres engañarme también a mí!

Sorprendido, Shaddox retrocedió y se acercó a una de las ventanas del vestíbulo, preguntándose qué habría podido ver Flora. Entonces vio a Jordan que corría a lo largo del sendero, con un pesado maletín en las manos.

El portón de acero se había abierto en parte. Shaddox divisó la zaga de un coche situado al otro lado de la tapia. No cabía duda; Jordan había dejado el automóvil allí anticipadamente. Ya no cabía duda acerca de la catadura del individuo: había hablado de posibles traiciones, pero no de la suya. Ahora, se dijo Shaddox, era fácil ver que traicionaba incluso a Flora.

Jordan llegó a la puerta. Cuando se disponía a cruzarla, el portón empezó a cerrarse.

El asesino se volvió. Shaddox, atónito, contempló la escena. Jordan empezó a chillar.

La puerta le alcanzó, aplastándole contra la jamba. El brazo de Jordan se elevó convulsivamente, lanzando el maletín a unos pasos de distancia. Su pierna saltó varias veces, mientras la pesada puerta continuaba su irresistible presión.

En la biblioteca sonó una risa histérica.

Era un espectáculo horripilante. La puerta de acero había partido casi en dos, longitudinalmente, el cuerpo del asesino, cuyos miembros se movían todavía con espasmos reflejos. Pero incluso aquellos movimientos cesaron a los pocos instantes.

Entonces, Shaddox se separó de la ventana y fue hacia la biblioteca. Nellie y Laura le contemplaban, sin comprender muy bien lo que sucedía.

—Será mejor que no se asomen —aconsejó.

Flora abrió la puerta en aquel mismo momento. Vio a las tres personas y palideció.

—Lo has visto —adivinó.

Shaddox asintió.

—Tendrás que explicar mucho a la policía —contestó.

Ella, resignada, dejó caer los brazos a lo largo de los costados.

—Nada me importa ya —murmuró desanimadamente.

—Belle murió porque se dio cuenta de la suplantación —dijo Shaddox más tarde—. En cuanto a los otros, si bien ignoraban que Jordan desempeñaba el papel de Jonathan, fueron eliminados para que no se dieran cuenta de otro engaño.

—¿Cuál? —preguntó Nellie, ya más recuperada de los horribles momentos vividos.

—He hablado con Hymmington. Tu abuelo dejó muy poco dinero para los

sobrinos. Jordan lo sabía.

—Sí, pero eso no justifica los asesinatos, Vic.

—Espera —dijo el joven—. Jordan redactó un fabo testamento, con una parte de verdad, pero en el que se declaraban unas cifras muy superiores a las realmente mencionadas por sir Roderick, para ser entregadas a los sobrinos. Jordan consiguió enterarse en una conversación con Hymmington, al que había ido a pedirle algún dinero anticipado, a cuenta de su parte en la herencia. Pero debía dinero también a los otros herederos y sabían que no podría pagar las deudas. Scrooge, Awes y Cluthings estaban dispuestos a acabar con él, si no cobraban lo que les debía.

—¿Quién te ha explicado tantas cosas, aparte del abogado?

—Flora. Está completamente derrumbada. Mientras simulaba estar a nuestro lado, ayudaba a Jordan. Recuerda el botín que les aguardaba aquí.

—Ya entiendo. Se lo explicará también a la policía, supongo.

—Por supuesto. Otra cosa, yo llegué en un momento muy oportuno. Los otros, que conocían a Jordan, creyeron en un principio que yo era él, hábilmente caracterizado. Luego, claro, se dieron cuenta de su error, pero ya era tarde.

—¿Y el auténtico Jonathan? ¿Dónde está?

—Recibió una llamada de Jordan, que simuló ser Hymmington. Fue a Londres... y para su suerte, atrapó una pulmonía que lo retiene en el hospital. De lo contrario, es posible que también hubiese muerto, y ello antes de volver a Farnstoke Tower.

—Entonces, él sólo quería el dinero y las joyas.

—Sí, justamente. Conocía su existencia y decidió apoderarse de tan valioso botín. Pero, aprovechando que Flora era mencionada en el testamento, la hizo venir aquí, a fin de colaborar con él en su plan. Jordan no podía permitir que los otros siguieran con vida, puesto que, aparte de eliminar riesgos futuros, ellos sabían también que había una gran fortuna en la casa.

—Y así, los fue eliminando sucesivamente...

—Aprovechándose, en parte, de la leyenda de la Cámara Negra. E incluyendo, por supuesto, el armario mortífero, al que hizo acudir a dos de sus víctimas, Cluthings y Scrooge, diciéndoles que era la entrada del pasadizo, pero que era preciso pasar uno a uno. Ellos no supieron advertir la trampa, hasta que fue demasiado tarde.

—Vic, cuando murió Belle, dijo que la llave quedaba en la puerta. Pero luego tuvimos que ir a pedírsela a su habitación.

—Sin duda, rectificó sobre la marcha, pero no lo dijo. En fin, las cintas grabadas servirán de pruebas para la policía. Es probable que envenenase a tu abuelo, quizá lo sofocó... La autopsia, en todo caso, dirá las causas de su muerte.

—Y el abuelo sabía que iba a morir...

—Pero no tuvo tiempo de prepararse —contestó Shaddox. Nellie caminó hacia la ventana. Las nubes se separaban con rapidez. Ya se veían grandes

espacios azules en él cielo. —Se acabaron las noches negras —murmuró.

—Vendrán otras, más felices, y lo olvidarás —aseguró Shaddox.

* * *

Nellie entró en el cuarto donde trabajaba el joven y se inclinó sobre el tablero de dibuja

—Ya sé que eres arquitecto y que volvías de un viaje profesional, cuando acabaste en Farnstoke Tower —dijo—. Pero eso no tiene nada que ver con la media docena de semanas que me has tenido sin noticias tuyas.

—Lo siento. Se me había acumulado el trabajo y, prácticamente, hasta hoy, no quedé un poco despejado. Pensaba llamarte, créeme, pero me enfrasqué en este diseño...

Nellie contempló el dibujo del tablero.

—¿Qué estás haciendo?

—El boceto de una casita de campo no muy grande, de una sola planta, con un gran salón, chimenea central, con divanes alrededor, para sentarse en torno al fuego, un par de habitaciones, servicios... Lo ideal para el día en que me case.

—Ah, tienes novia.

—No, pero la tendré un día. Necesito ahorrar para poder construirme esa casa.

—Vic, ¿por qué no me dejas sufragar mi parte de los gastos de construcción? —exclamó Nellie.

Shaddox giró en el taburete y la miró fijamente.

—¿Qué parte? —preguntó.

—Oh, la mitad... En estos tiempos, cada miembro de la pareja debe contribuir por igual a los gastos de la casa.

—No estamos casados,

—Ese es un defecto que se puede corregir fácilmente: Como han hecho Jonathan y Laura, quienes seguirán en Farnstoke Tower, al servicio de la entidad benéfica que es ahora propietaria de la finca.

—Conque la soltería es un defecto, ¿eh?

—Al menos en mi caso —sonrió ella.

Shaddox la atrajo por la cintura y la hizo sentarse sobre sus rodillas.

—Me gustaría corregir ese defecto —aseguró.

FIN